

La Estación



José Manuel Surroca
Laguardia

LA ESTACIÓN

José Manuel Surroca Laguardia

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del Editor o Autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase al Autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de ésta obra. Puede contactar con el autor a través del correo electrónico surrocajm@telefonica.net

© José Manuel Surroca Laguardia, 2018

Portada: Torre de la Catedral de Barbastro.

José Manuel Surroca Laguardia

Impresión y Encuadernación: Amazon S.A.

Maquetación y diseño de la portada: José Manuel Surroca Laguardia

A mi hijo José

Capítulo I

Año 1996.

A las ocho en punto, como todos los días, Carlos, el encargado de vigilar la estación desde que ésta fuera declarada fuera de servicio en la última reestructuración de la compañía por razones de rentabilidad, y en la que había ejercido como Jefe de Estación, procedió a abrir la oficina que ahora utilizaba en sus nuevas funciones, y en la que en los tiempos en los que la estación estaba activa había albergado el Centro de Operaciones, cuya actividad se visualizaba en un enorme panel situado en la pared, y que mediante una serie de luces de llamativos colores, se mostraban el estado de las señales, los electrificados pasos de barrera y cambios de agujas. Todo ello se manejaba mediante palancas e interruptores que conectaban y desconectaban los diversos elementos de la red ferroviaria, dependiendo de las necesidades del servicio. Desde este Centro de Control, se accedía a su antiguo despacho de Jefe de Estación, ahora permanentemente cerrado con llave y cuyo interior estaba completamente vacío. Cuando la Compañía cerró la estación, se llevó todos los muebles de los distintos despachos, siendo sustituidos por una silla y una mesa, que eran las que utilizaba ahora. Por su cuenta, y a su cargo, se había hecho instalar un sillón, donde pasar las innumerables y pesadas horas de vigilancia. Eso, y un cojín donde apoyar sus pies para mantenerlos en alto, según recomendación del médico. Antes de entrar en la oficina y encender la estufa para caldearla, miro a izquierda y derecha del andén. No había nadie, como de costumbre. Los bancos de la estación, construidos en

hierro fundido y pintados de verde oscuro, emitían tornasolados reflejos de luz al traspasar los incipientes rayos solares de la mañana las gotas de agua que el rocío había ido depositando sobre ellos durante la noche. Miro su reloj y entró en la oficina. Todavía faltaba una hora para que aparecieran por allí, Martín y Oscar, dos ancianos cuyas capacidades mentales andaban un poco a la deriva. Ambos solteros, vivían en la Residencia de Ancianos del pueblo y en sus cabezas rondaba la nostalgia y el desespero y apenas si se daban cuenta del mundo real que les rodeaba. O tal vez, no les interesaba en absoluto. Sin embargo, se conducían con gran naturalidad, y nadie los consideraba un peligro. Ni siquiera para ellos mismos.

Dejó sobre la mesa el bocadillo que le había preparado su mujer y que había envuelto en papel de periódico. Por la mancha aceitosa que lo orlaba y el *tufillo* que desprendía, había deducido que el bocadillo debía tener “sustancia”. Antes de dar cuenta del bocadillo, comenzó, como hacía todos los días, la vuelta de reconocimiento por las instalaciones para comprobar que todo estuviera bien y que los ladrones no hubieran visitado la estación por la noche. Realmente no había nada de valor que mereciera la pena robar, pero a veces los ladrones, por desconocimiento o por mala fe, producían destrozos de cierta consideración. Cuando esto ocurría, mandaba un parte a la compañía y a los pocos días se personaba en la estación una brigada que procedía a realizar las oportunas reparaciones. Por experiencia de anteriores veces, en las que la Guardia Civil ni se molestaba en buscar posibles huellas, dejó de llamarlos.

La ronda no descubrió nada anormal, así es que una vez cumplida su primera misión del día, se encerró de

nuevo en la oficina. La estufa ya había comenzado a caldear la habitación y la temperatura en el interior empezaba a ser agradable. Liberó al bocadillo de su envoltura periodística y vio con agrado que, en efecto, se trataba de sardinas en aceite, su bocadillo favorito. De niño, recordaba que su madre había veces que le ponía sardinas en aceite para comer, almorzar y cenar. Eran los tiempos en los que si se podía comer, se comía y gracias. Interiormente le dio varios besos y abrazos a su mujer por aquella delicia. De un armario situado en un rincón, y que antes era el archivo, sacó una botella de vino tinto que tenía escondida disimulada entre varios papeles y cartonajes. Un día que entraron ladrones, se llevaron todo lo que tenía guardado en un antiguo botiquín que ahora hacía las veces de alacena: una botella de vino de su pueblo, dos ristras de longaniza, media docena de sardinas prensadas, que todo el mundo llamaba “guardia civiles” y algún plato y vasos. Todo se lo llevaron, y desde aquel día dejó de tener comida en la oficina. Únicamente la botella de vino, de la que bebía a morro para evitarse el vaso.

Justo cuando se disponía a echar un trago de vino, vio pasar por delante de la ventana a Martín. Renqueante y ayudado por un bastón se encaminaba hacia *su* banco. Cuando pasó por delante de la ventana donde sabía que se encontraba Carlos miró hacia su interior, pero vaho que empañaba el cristal, le impidió ver al encargado empujando el codo. Pasados cinco minutos, que fueron los que necesitó Carlos para dar cuenta de su almuerzo, salió de su confortable oficina para saludar a Martín.

— Buenos días, Martín— le dijo

— Buenos días Carlos. Por cierto, muy fríos.— le respondió

— ¿Quiere pasar dentro de mi oficina? Allí se está mucho mejor que aquí. —

— No. Aquí estoy bien. Voy bien abrigado. Además a mí me gusta ver el paisaje.

— Si usted llama paisaje a esos arbustos que crecen al otro lado de la vía, pues bueno—

— No hombre. Me refiero a aquellas montañas que se ven al fondo. Me traen recuerdos de cuando era niño. Las veía tan lejanas, que creía a pies juntillas que allí estaba el fin del mundo. Y me prometí que algún día iría hasta ellas, para ver qué hay al otro lado. Tiene que ser algo impresionante. — dijo con aire nostálgico

— Si están lejos, si— dijo con pena Carlos.

— Y ya ves Carlos. En mis setenta años de edad, no he salido jamás del pueblo. Pero te aseguro que algún día iré a esas montañas.....— su voz se fue apagando y su mirada se perdió en el infinito.

Carlos comprendió que Martín estaba ya lejos, en otra vida o en otro mundo. El cuerpo permanecía sentado en el banco, pero su mente se había trasladado a otro lugar. Todos los días la conversación era prácticamente la misma, con pequeñas variaciones. Las montañas y su obsesión por ir algún día a verlas. No tenía familia en el pueblo, ni se conocía que la tuviera en parte alguna. En realidad, nadie sabía nada sobre él, aunque curiosamente, todo el mundo creía saberlo todo. Al parecer, Martín había olvidado las desgracias que le habían sucedido a lo largo de su vida.

Por un extremo del andén, hizo su aparición Oscar con su sempiterna maleta. También venía muy abrigado y llevaba sombrero en la cabeza. Se le veía elegante y dispuesto. Se acercaba tranquilamente hacia el banco en el que se encontraba sentado Martín, con el que parecía llevarse bien sin que existiera entre ellos una amistad de auténticos amigos. Más bien, los acontecimientos de la vida los había hecho forzosos compañeros de estación,

con circunstancias bien diferentes. Cuando se sentaban uno al lado del otro, al poco rato se les veía charlar tranquilamente, y si alguien se acercaba, guardaban un discreto silencio. Carlos estaba verdaderamente intrigado por esas animadas conversaciones que dejaban de serlo en cuanto él, o se acercaba alguien.

— Buenos días, don Carlos y compañía— era el único que todavía llamaba a Carlos con el don por delante, como cuando era Jefe de Estación.

— Buenos días, don Oscar— replicó Carlos, devolviéndole el cumplido. Martín no dijo nada. Parecía no haberse enterado de la llegada de Oscar. Era siempre igual. Como siempre, les puso una excusa y los dejó solos con sus cuitas. A los pocos instantes, comenzaron a conversar.

— Qué, Oscar. ¿Cómo nos encontramos hoy?— dijo

— Muy bien Martín. Hoy me he levantado jovial. He pensado que hoy el día iba a ser diferente— dijo

— ¿Ah, sí? ¿Tú crees que será hoy?— dijo con cierta ansiedad Martín

— ¡Por supuesto! Esta noche he soñado, que el tren que traía a tu querida Marta, me llevaba hasta la ciudad y una vez allí iniciaba mi nueva vida.

— Bueno, bien pudiera ser. Marta tiene que llegar un día de éstos. — dijo

Luego su conversación derivó hacia un suceso que había ocurrido en la Residencia. Al parecer, una de las internas había denunciado ante el director la desaparición de un broche o camafeo que ella apreciaba mucho. Y acusaba directamente a otra interna de habérselo robado. Y en efecto, tras un discreto registro, el camafeo fue encontrado en la habitación de la acusada sobre la mesilla a la vista de todos. Ella explicó que el camafeo se lo había regalado la interna que ahora la acusaba de robarlo. Pero es que además, explicaba, el

camafeo en realidad era de ella, ya que un día, debido a un favor que le había hecho la ahora demandante, le había regalado la joya como agradecimiento. Y el día anterior, ella se lo había devuelto después de haber discutido por una cuestión menor. Finalmente, todo se había aclarado cuando una testigo afirmó que, en efecto, el camafeo era de la acusada y que certificaba palabra por palabra lo que había dicho esta. En la solución del conflicto había participado Oscar, mediante una serie de reflexiones y puntualizaciones que desmontaba la versión de la acusadora y confirmaba la de la acusada.

Entre conversación y conversación y algún paseo que otro por el andén, llegaron las once de la mañana, y acto seguido como todos los días, cesaron en sus cuitas y tomaron asiento de nuevo, mientras sus miradas se centraban en el infinito de las vías que se divisaban desde su posición, atentos a los acontecimientos. En sus rostros, ansiedad y esperanza. ¿Sería este el día? De pronto, un agudo silbido emitido desde la distancia, llegó a sus oídos. El tren estaba a tres kilómetros de la estación. Sus rostros se tensaron. Sus corazones latieron con fuerza. En sus ojos brilló la esperanza.

El tren pasó a buena velocidad haciendo sonar el silbato, levantando a su paso los papeles que se encontraban sobre el andén. Martín y Oscar, lo siguieron con la mirada, hasta que se perdió en la lejanía y el sonido de su silbato dejó de oírse. Hoy tampoco sería el día. Ambos bajaron la cabeza mirando al suelo, sin decir nada, bajo la atenta y apenada mirada de Carlos, quien desde el interior de su oficina los observaba atentamente. ¡Señor que desgracia! Hacía ya más de un año que no paraba ningún tren en aquella estación, y aquellos infelices, esperando a que un día parara. Uno, para subirse a él y escapar a un mundo nuevo y maravilloso, y

el otro, esperando que de él se bajara un pasajero: su Marta. No comprendían que eso no pasaría nunca. Pero ellos permanecían allí, insensibles al desaliento, esperando el milagro, porque de eso se trataba, de un milagro. Al rato, ambos parecieron recobrar vida.

— Bueno hoy tampoco— dijo Martín.

— Eso parece— corroboró Oscar.

— Mañana hará 40 años que se marchó— continuó Martín.

— ¿Cuarenta años ya?¿Cómo pasa el tiempo!— apostilló Oscar.

— Si un lunes, siete de febrero. Se llevó sus cosas y el Libro de Familia.

— ¿Qué habrá sido de su vida?— pregunto Oscar.

— No lo sé. En todos estos años no he recibido ninguna noticia de ella. Ninguna carta ni postal ni llamada telefónica. — dijo con tristeza Martín.

— Oye Martín, ¿y si hubiera fallecido?—

— Me lo hubieran comunicado. Ella se llevó el Libro de Familia. Y por él sabrían de mi existencia. Me lo dijeron en el cuartel de la Guardia Civil, cuando fui un día a preguntar.

— Bueno, habrá que esperar al tren de la tarde— dijo Oscar— El día todavía no se ha acabado, Martín. Vayamos regresando a la Residencia. Empiezo a tener frío—

— Vamos— dijo Martín levantándose trabajosamente.

Con paso lento, ambos ancianos se dispusieron a abandonar la estación, hasta las 7 de la tarde, hora en la que pasaba otro tren. Carlos salió a la puerta de su oficina para despedirlos.

— No ha habido suerte. Igual esta tarde.....— dijo Carlos.

— Adiós, don Carlos— dijo Oscar

— Adiós— dijo Martín.

— Vayan con Dios— terminó Carlos.

Y juntos, aquellos dos inquebrantables optimistas, encaminaron sus pasos hacia la residencia. Carlos, se metió en su oficina a terminar de leer el periódico, hasta la hora de comer.

Capítulo II

Año 1996

Mauricio, terminó de recoger la hojarasca que cubría el pequeño jardín interior del Instituto donde trabajaba desde hacía cuarenta años. Su trabajo en el centro, consistía en realizar las más diversas tareas de mantenimiento, y lo mismo regaba, plantaba y podaba, que reparaba una instalación eléctrica, una gotera, o reparaba los coches del director y de los profesores. Era *un manitas* y debido a esa capacidad de repararlo todo, o casi todo, se había ganado el aprecio de todo el mundo. Formaba parte de la institución, lo mismo que las aulas o el salón de actos. Los alumnos le confiaban sus secretos y él, les contaba sus historias vividas en primera persona a lo largo de tantos años de permanencia en el centro. De todas las labores que realizaba, aquellas relacionadas con la jardinería, y en especial la de recoger las hojas que el otoño enviaba al suelo, eran las que menos le gustaban. Más de una vez pensó en talar los árboles y poner otros de hoja perenne. Pero siempre desistió de su propósito porque sabía de los largos años que serían necesarios para que los nuevos árboles llegaran a tener las dimensiones de los actuales. Aquel día le tocaba recoger las hojas que lo invadían todo. Una vez que estuvieron recogidas y metidas en sacos para que se las llevara el carro de la basura, se dirigió a su *oficina*, situada en el cuarto de calderas.

Era este un lugar espacioso, situado en los sótanos, en el centro geométrico del edificio y en el que estaban situadas las enormes calderas que proporcionaban al centro el agua caliente para las duchas y sistema de

calefacción. Cuando entrabas en él, lo primero que llamaba la atención era el orden y la limpieza que había en todo. Las tuberías, unas pintadas de rojo vivo y otras de color azul intenso, según condujesen agua caliente o fría, partían desde las calderas, pintadas de blanco, ascendían hacia el techo, y paralelo a él, se distribuían a lo largo de su perímetro para conducir el agua al resto del edificio. Para facilitar el mantenimiento de válvulas, llaves y otros elementos situados en la parte superior, se había construido una plataforma metálica que rodeaba toda la estancia, a modo de segunda planta situada a metro y medio del techo y a la que se subía por una escalera metálica. En este cuarto de calderas, tenía Mauricio establecido su *cuartel general*. En un rincón, una mesa de madera con seis cajones, una silla y un armario metálico de una puerta que hacía las veces de ropero constituían el mobiliario de su *oficina*. En la pared de enfrente, junto a la puerta, un pesado banco de hierro, hacía las veces de mesa de trabajo, dotado de un tornillo de abrazadera y unos cajones donde guardaba tornillos, clavos y toda clase de piezas, algunas inservibles, pero que era incapaz de tirar, *por si acaso*, constituyendo un auténtico cajón de sastre. Sujeto a la pared, un enorme tablero de herramientas, donde se habían dibujado unas siluetas que indicaban el lugar que debía ocupar en el tablero la herramienta dibujada. Todo ello en perfecto orden, con todas las herramientas ocupando el lugar previsto. A su derecha, una estantería metálica mostraba perfectamente alineados y clasificados por tipos una serie de contenedores con piezas de recambio de todo lo necesario. Completaba el mobiliario, un sillón situado en un lugar no visible desde la puerta, tras las columnas maestras y junto a una ventana por la que corría siempre una corriente de aire que en invierno era heladora, pero en verano, proporcionaba un agradable bienestar, por lo que cuando el calor apretaba

y no tenía nada que hacer, o al menos urgentemente que hacer, Mauricio se recogía en él a reposar. ¡Cuántas reconfortantes siestas había realizado en ese sillón a lo largo de los años!

Hacía dos años que un nuevo Director había llegado al centro debido a la jubilación del anterior. Pronto su carácter huraño y desagradable le hizo caer mal a todo el mundo, es decir, al profesorado, alumnado y personal subalterno. A Mauricio le cogió inquina nada más verlo. Tal vez fuera por su edad, el más viejo de toda la plantilla, o porque fuera con diferencia el que más años llevaba en la Institución desde su inauguración, y por ello, constituía uno de esos elementos indefinibles, pero que si no están, es como si faltase algo. Sea por lo que fuere, le fue amargando la vida al pobre Mauricio, haciéndole objeto de un trato despectivo y poco amistoso, por lo que cada día se encontraba más a disgusto.

Mauricio era soltero. Había nacido en un pueblecito costero del Mediterráneo donde prácticamente todos sus habitantes vivían de la pesca. Cuando contaba con diez años, su padre murió en un desgraciado accidente de pesca. Ello motivó que su madre tuviera que ponerse a trabajar, y como en el pueblo esto no era posible ni fácil, se trasladó con su hijo, a la ciudad de donde era natural, buscando el abrigo de algunos familiares y donde pudo encontrar trabajo con el que ganar el sustento para ambos, madre e hijo.

En su juventud tuvo dos o tres novias que indefectiblemente le dejaban por otro. Sin familia desde que su madre falleció, pues era hijo único, tan solo le quedaban algunos primos y sobrinos a los que no conocía y que dudaba que ellos conocieran su existencia. Vivía en

una casa de alquiler reducido, la misma que ocupó con su madre, situada muy cerca del Instituto. Había aprendido a administrarse perfectamente. Los domingos se hacía la comida para toda la semana. Comía por lo general en el Instituto y cenaba en casa, normalmente fruta y un vaso de leche con cola— cao, a la que añadía varias cucharadas de azúcar. Era su único vicio.

Trabajaba en un taller mecánico, y un día entró un cliente con un coche que petardeaba ruidosamente. De él bajó un señor con cara de preocupación. Tenía que hacer un viaje urgente y muy importante, y necesitaba el coche para realizar el viaje.

— No hay problema— dijo Mauricio ante la complacencia del pesaroso cliente.

Levantó el capó, y tras un momento de observación, comenzó a desmontar las bujías, quitando previamente los cables y la tapa del delco. El hombre lo observaba con atención. Mauricio manipulaba aquello con una soltura y una tranquilidad tal, que el atribulado hombre, al ver como se desenvolvía aquel muchacho entre aquel *piecerío*, se tranquilizó quedando convencido de que la solución del problema sería una realidad en cosa de pocos minutos. Veinte minutos después, una vez limpiadas las bujías y montados todos los cables, Mauricio se dirigió al cliente.

— Pruebe usted ahora— le dijo

El hombre le dio a la llave, y el motor se puso en marcha con un suave ronroneo, ante la sonrisa de Mauricio y la cara de alivio del cliente.

— ¿Cuánto te debo?— preguntó

— Eso en la oficina le dirán— dijo Mauricio

Una vez que hubo pagado, el cliente se dirigió hacia el coche, pero de pronto se detuvo y se dirigió a Mauricio.

— Perdona. ¿Cómo te llamas?— le dijo

— Mauricio— respondió

— ¿Y cuántos años tienes?—

— Veinticinco— dijo

— Oye Mauricio. No sé si sabrás que dentro de pocos días se va a abrir un nuevo Instituto aquí cerca.

— No

— Yo soy el Director de ese centro y necesitaré una persona para que haga las labores de mantenimiento. Es un trabajo agradable con buen sueldo, y creo que tú serías un buen encargado de mantenimiento. ¿Qué te parece?

— Bueno, yo.... — empezó a decir Mauricio.

— Piénsatelo. Yo ahora tengo prisa, pero dentro de dos días pasaré por aquí para que me des la respuesta. ¿De acuerdo?

— Vale. De acuerdo.

Dos días más tarde Mauricio, confirmaba a su agradecido y satisfecho cliente, su voluntad de aceptar el ofrecimiento.

Capítulo III

Año 1951.

En 1951, Marta era una muchacha vivaracha, *demasiado*, según rezongaba su abuela Lorenza. Se sabía bonita y que despertaba la admiración de los muchachos de su edad. Tenía dieciocho años y el desparpajo propio de una persona cándida y confiada y de poca sesera. Este desparpajo, abrumaba a los muchachos del pueblo quienes no estaban acostumbrados a ese tipo de relación, sin inhibiciones y llamando a las cosas por su nombre. Tan espontánea era, que la rehuían siempre que podían, porque no se sentían cómodos en su presencia. Marta trabajaba en la pensión que regentaban sus padres, y ese carácter tan abierto venía que ni pintiparado para el negocio, agradando a los clientes, con los que conversaba sobre cualquier tema, alargando sus sobremesas con el consiguiente incremento del consumo de los clientes, que naturalmente repercutía en la caja.

Si bien los muchachos del pueblo, no se atrevían a acercarse a ella, por temor a sus atrevidos comentarios, había uno, Martín, un muchacho formal y trabajador, quien, en el más absoluto de los secretos, sentía una admiración incondicional por la muchacha a la que tenía puesta en un altar situado en su corazón. Su formación era escasa, reducida a saber leer y a las cuatro reglas de la aritmética, y que según sus padres, para un carpintero era más que suficiente. Eso, y cubicar los troncos de madera que llegaban a la carpintería para ser convertidos en tablas. Pero en cuestión de sentimientos era un ser inocente, sin malicia y absolutamente cándido, y tal vez

por ello, introvertido. Vivía en su mundo interior. La cuestión es que se había enamorado locamente de la muchacha, y sólo él conocía la existencia de ese amor, guardado en lo más profundo de su ser. Incapaz de acercarse a ella, debido a su timidez y por considerarse no merecedor de que ella se fijase en él ni por un instante. Sin embargo, Marta, mujer al fin y al cabo astuta y despierta, se había dado cuenta de la forma de mirarla cuando creía que no lo veía, de reojo y disimulando. Era perfectamente consciente de los efectos que ella producía en el pobre muchacho. Y eso la divertía. Ocasionalmente, cuando sus miradas se cruzaban, le dedicaba una sonrisa que transportaban al platónico amante al mundo de la felicidad, produciéndole un estado de completa inanidad y descontrol de sí mismo que le hacía balbucear, tropezar, dejar caer lo que llevara en las manos o ponerse rojo como un tomate. Pero de ahí no pasaba la cosa. Para Martín, un ser limitado que aceptaba su limitación, esto era suficiente. En su idealización la veía como un ser perfecto. Su sonrisa, su cantarina y alegre voz, su soltura y mil detalles más se le antojaban como atributos de una diosa, a la que él, pobre infeliz no podía acceder. Con el tiempo, Marta empezó a apreciar la amistad de Martín, intuyendo lo profundo del sentimiento que él sentía por ella. Desde luego no era su tipo, pero apreciaba en él su amistad, su entrega y fidelidad. No pedía ni insinuaba nada. Era un espíritu noble que solo necesitaba estar a su lado para sentirse totalmente feliz. Con él hablaba de forma natural, sin sentir la necesidad de utilizar las palabras con doble sentido, sino exponerlas sin más, tal y como las sentía, y él le contestaba de igual modo. Terminó apreciando sinceramente, la amistad sin cortapisas que Martín le brindaba, considerándolo casi como un hermano. Cuando sentía necesidad de comprensión se acercaba a Martín y este se sentía el ser más afortunado de la tierra.

Un día llegó a la pensión donde trabajaba Marta, un cliente que, según dijo, representaba a una firma que confeccionaba ropa interior de mujer. El representante en cuestión, era un vivales que en cuanto puso un pie en la pensión y se le presentó Marta, se dio cuenta del mirlo blanco que tenía ante él. Y él no era de los que desperdiciaban ocasiones. Comenzó por hacerse el interesante ante la muchacha, mostrando un cierto desinterés, como si no hubiera reparado en ella. Conocía su atractivo para las mujeres, y aquella paloma caería en sus redes por su propia voluntad. Pronto empezó a ver los esfuerzos de Marta por llamar su atención de mil variadas formas. Para ella, la llegada del representante significaba la ocasión que esperaba y en él veía la personificación del mundo que anhelaba. Se imaginaba viajando de ciudad en ciudad, en buenos hoteles y llevando una vida relajada. Aquel hombre, de nombre Mateo, le revolió los sentimientos internos. Además, era un hombre guapo alto y bien proporcionado. Sus ademanes, su forma de comportarse y su forma de vestir, representaban para ella una revolución y una opción de futuro, algo a lo que aspiraba y a lo que ella no estaba dispuesta a renunciar. Sus pretensiones más íntimas, no eran precisamente quedarse en el pueblo para hacer de criada de los patanes que se presentaban en la pensión. Y mucho menos, para casarse con alguno del pueblo y criar hijos a los que limpiarles los mocos y estar todo el día cocinando y lavando, con el corral por horizonte y el campo santo como destino. No eran esas las ideas que llevaba Marta en la cabeza. Y aquel representante, encajaba bien, muy bien, con lo que ella deseaba.

El viajante comenzó a alojarse en la pensión siempre que realizaba visitas por la zona, lo que en ocasiones ocurría varias veces al mes. Poco a poco, la relación entre

él y Marta fue en aumento en todos los sentidos. De vez en cuando, él le hacía algún regalo a la muchacha, especialmente de ropa interior, acompañado de algún comentario atrevido que ella aceptaba con amplias sonrisas y atrevidas poses, lo que informaba al ladino de Mateo sobre los progresos de su plan de conquista, planificado según su dilatada experiencia le indicaba. Y pasó lo que tuvo que pasar. Una noche, pasadas las doce, se reunieron en la habitación de él, con excusa de que le tenía preparado un regalo. Era casi de madrugada cuando Marta abandonaba sigilosamente la habitación. Estas reuniones se fueron prodigando hasta hacerse habituales cada vez que Mateo aterrizaba por la pensión.

También profundizó la amistad de Marta con Martín que ya empezaba a ser conocida en el pueblo. Todos se hacían cruces como la pareja podían congeniar, porque eran la antítesis uno del otro. Ella, era una lagartona, y el otro, un simple al que tenía hechizado. Pero tanto a una como al otro les importaban poco los comentarios del pueblo. Por otro lado, nadie los vio nunca en actitudes propias de novios, sino más bien de amigos que se apreciaban.

Una tarde ocurrió un grave suceso en la pensión de Marta. Unos de los clientes, que le había dado al frasco más de lo conveniente y de lo que su cuerpo aguantaba, había cogido una borrachera de aúpa. Entre los borrachines, los hay que tienen sus borracheras tranquilas, lloronas, silenciosas, graciosas y, como en este caso, violentas. El caso es que el achispado cliente que apenas se tenía en pie, reclamaba que le trajeran más vino a la mesa. Como quiera que nadie le hiciera caso porque ya no le cabía en el cuerpo ni el zumo de una uva exprimida, el hombre fue volviéndose agresivo por momentos. Marta y Martín, estaban dialogando

animadamente, ella detrás de la barra y él delante sentado en un sillón de patas largas. El grosero beodo comenzó a reclamar la presencia de Marta con el vino, y como no le hacía caso, empezó a utilizar la grosería de insultarla con unos epítetos harto groseros. La gente empezó a increparle su actitud por lo que su enfado comenzó a ser preocupante. En un momento dado, aprovechando que Marta llevaba una consumición a otra mesa y pasaba cerca de donde él estaba, se levantó y trató de agarrarla, con tan mala suerte, que lo único que hizo fue caer al suelo llevándose la ropa de Marta, dejándola con los senos al aire, a la vista de todos. Ella gritó a la vez que con las manos trataba de ocultarse sus intimidades a la vez que salía corriendo hacia el interior de la cocina.

Todo sucedió en un segundo. El borracho se vio de repente elevado casi a dos metros del suelo, para emprender acto seguido un viaje que sin dudar lo hubiera llevado hasta el pueblo vecino, si no se hubieran interpuesto las paredes de la pensión. El batacazo fue impresionante. El beodo quedó inerte en el suelo como un guiñapo, perdida la consciencia y la vida si no fuera porque esta gente tiene siete vidas. Todos se volvieron para ver al autor de semejante hazaña. Era Martín. Su rostro reflejaba el torbellino de ira que tenía en su interior. Unos cuantos clientes, trataron de tranquilizarle y otros fueron a buscar al médico y a la Guardia Civil. Cuando llegaron, Martín ya estaba completamente tranquilo, y a su lado Marta, llorando. El borracho ya había vuelto en sí y la cosa se zanjó con un brazo roto y un chichón, junto con un insoportable dolor de cabeza. Dado que no recordaba nada de lo que le había pasado, todo el mundo explico al médico y a la Guardia Civil lo sucedido.

— Si este indeseable se muere, tendremos que venir a buscarte Martín— dijo uno de los guardias— y si no, chico, la próxima vez, mira a ver si te controlas un poco.

Durante mucho tiempo, se comentó lo extraordinario del suceso. Nadie hubiera imaginado la reacción de Martín ante el agravio a Marta. Y es que el amor produce auténticas revoluciones en el alma humana.

Pasaron unos meses y Mateo, el representante, dejó de aparecer por la pensión. Y Marta comenzó a mostrar, primero un humor de perros con todo el mundo, y luego sus formas comenzaron a redondearse, de forma que todo el pueblo se enteró de la noticia: Marta estaba embarazada. Y las malas lenguas del pueblo apuntaban al representante como el padre de la criatura.

Capítulo IV

Año 1996

Mauricio tenía una preocupación que ocupaba sus pensamientos, y no era otra, que su próxima jubilación. Toda una vida dedicada a una actividad que le gustaba le había hecho completamente feliz llenando su vida plenamente. Su ordenada vida, que le llevaba de casa al trabajo y viceversa, sin sobresaltos ni sinsabores, había hecho de él una persona acomodaticia que se preocupaba poco del futuro dado que tampoco tenía motivos para preocuparse. Pero la edad no perdona, y pasito a pasito, las cosas van llegando y van alterando nuestras costumbres. Y las de la vida, hay un momento en el que se aceleran y se ponen ante nosotros sin posibilidad de soslayar o evitar. Y eso le ocurría con la jubilación. Jamás había pensado en ella, y si lo hizo, no reparó mucho en ella pues la veía en lontananza, y ahora que la tenía a la vista, con fecha en el calendario, le producía un pavor desconocido. Faltaba apenas un mes para que se cumpliera su fecha de caducidad como trabajador coincidiendo con la finalización del curso lectivo. Y como nos suele pasar en ocasiones a las personas, que nos rebelamos ante los sucesos irreversibles que se presentan en nuestras vidas, Mauricio también se encorajinaba ante su jubilación, pues se sentía con fuerzas para seguir desarrollando su labor durante unos años más. Le preocupaba el hecho de no saber cómo ocupar todo el tiempo libre que le dejaría su nueva situación. No tenía *hobbies* ni aficiones a las que dedicar las muchas horas libres de las que dispone un jubilado. Estuvo varios días dándole vueltas a la cabeza y al final se decidió por

dirigirse al director para plantearle el retraso de la jubilación un par de años. Y si no era posible, le propondría trabajar tres o cuatro horas diarias en el Instituto. Armándose de valor, se plantó delante de la puerta del despacho para exponerle la idea. Tras oír el preceptivo “pase”, entró con decisión de ánimo, decidido a explicarle sus razones en las que basaba su petición, que no eran otras que con la poca pensión que le iba a quedar, no se moriría de hambre en dos días, sino que lo haría lentamente y un pequeño aporte económico le permitiría vivir más decentemente después de toda una vida de trabajo.

El recibimiento fue glacial, como cabría esperar tras el trato recibido durante los dos últimos años. Le dejó que se explicara, sin abandonar el trabajo que estaba realizando y levantando la cabeza de vez en cuando, adoptando la actitud de aparente atención a los argumentos que estaba desgranando Mauricio.

— No es posible eso que quiere Mauricio. La jubilación no puede retrasarse. Usted tiene ya los 65 años y usted debe jubilarse. Claro que otra cosa es la pensión que le quede, pero eso ya no depende de mí. Depende de lo que haya cotizado durante su vida laboral. En cuanto a trabajar unas horas, eso está prohibido. Si está jubilado está jubilado, ¿lo entiende, no? La Seguridad Social y Hacienda son absolutamente estrictas con estas situaciones. Imposible.— contestó el director sin mirarle a la cara.

— ¿Y porque se tendría que enterar la Seguridad Social y Hacienda que yo trabajo? Creo que después de tantos años trabajando en esta casa, la mayoría de las veces sin horario y trabajando festivos cuando era necesario, bien podría atender mi petición ¿no?

— ¿Usted ha cobrado todos los meses no?— dijo el Director.

— Sí. Naturalmente. ¿Qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando? Lo único que le pido es trabajar unas horas al día, y si no me puede pagar con nómina, me lo da en mano y todo resuelto.

— ¿Pero sabe usted lo que está diciendo? ¿Qué le paguemos con dinero negro?— el Director se puso en pie— Aquí se hacen las cosas con legalidad, Mauricio. Dinero negro, ¿sabe que eso es un delito? Supongo que tendrá cosas que hacer al igual que yo. Así es que cada uno a lo suyo, Mauricio. Buenos días— y sentándose dio por concluida la conversación.

Mauricio abandonó el despacho con un sentimiento de rabia contenida. ¿Cómo era posible que la gente fuera tan insensible ante las circunstancias ajenas?, se preguntaba. La vida es muy injusta y se estaban perdiendo los modales y los sentimientos. Le dolía extraordinariamente la frialdad con que le había tratado aquel insensible. Con la rabia y el desencanto se fue hacia su lugar de trabajo cuando oyó como alguien pronunciaba su nombre desde el patio exterior o recreo. Debía ser el encargado de unas obras que se estaban realizando en el patio del recreo, donde se estaba construyendo una pista de hormigón de grandes dimensiones para pintar sobre ella cuatro campos de baloncesto y junto a ella, una fuente de agua en la que los alumnos saciaran su sed y no tuvieran que desplazarse a los lavabos.

— Mauricio, ¿podría cerrar la llave de paso general del agua para que podamos conectar la fuente?—

— No hay problema. Pero no hace falta cerrar la general. Cerraré únicamente el ramal que conecta con la fuente. Me llevará unos pocos minutos. Voy ahora mismo y le aviso cuando lo haya hecho—

— No hay prisa. Mientras, echaremos un cigarro y un trago de agua.

Mauricio se dirigió al Cuarto de Calderas y subió por las escaleras metálicas a la plataforma superior donde se encontraban las llaves de distribución del agua a las distintas zonas y servicios del Centro. Se metió entre los tubos y finalmente localizó la llave que andaba buscando. Cuando iba a cerrar el paso, sintió que alguien accedía al cuarto. Se incorporó ligeramente, dado que la exigua distancia que había desde la plataforma al techo no le permitía ponerse de pie. Para su sorpresa, el que había entrado era el director.

— ¡Maldita sea! ¡Otra vez se ha dejado la puerta abierta el inútil de Mauricio! ¡Y dice que quiere seguir trabajando! Esta senil.

Mauricio asistía al monólogo del director desde su oculta posición. ¿Qué hacía allí? ¿Qué demonios se le había perdido en su *oficina*? Su sorpresa fue en aumento cuando vio como cerraba la puerta por dentro con unas llaves que llevaba en el bolsillo. Luego, se dirigió al banco de hierro y no sin esfuerzo lo desplazó dejando al descubierto una tapa de registro. Acto seguido, tiro de la argolla levantándola y haciéndola a un lado, introdujo su mano en el hueco abierto extrayendo del lugar una bolsa de la que sacó un paquete de billetes que introdujo en su bolsillo. Luego, metió la bolsa dentro, volvió a poner la loseta en su sitio colocando en un lateral una tirilla de papel que luego rompió a ras de baldosa y colocó de nuevo el banco encima. Una vez que se hubo cerciorado de que todo estaba tal y como se la había encontrado, se dirigió hacia la mesa de Mauricio, examinando todos los papeles que tenía sobre ella. Luego abrió los cajones y los examinó a conciencia. Este, asistía asombrado al registro del que estaba siendo objeto por parte de su jefe. Sintió como su odio hacia él se incrementaba. Luego cerró los cajones y se dirigió a la puerta de salida, poniendo la

oreja sobre ella para cerciorándose de que al otro lado no había nadie. Volvió a sacar las llaves del bolsillo, abrió la puerta y salió fuera, cerrando nuevamente desde el exterior.

Pasados unos segundos, Mauricio bajó de la plataforma sin haberse recuperado de su asombro. Aquel sinvergüenza, le registraba sus papeles y cajones. ¿Qué esperaba encontrar en ellos? ¿Algún motivo para echarle? Lo que le quedó claro es que aquel hombre, por la razón que fuera lo odiaba.

— O sea que dinero negro, no. ¡Será sinvergüenza! ¡Él sí que tiene el alma negra!— se decía para sí en voz baja Mauricio

— ¡Ahora entiendo porque me parecía a mí que a veces el banco lo habían movido! ¡Y pensaba que eran figuraciones mías! Y la arqueta, usada como caja fuerte. ¡No se me habría ocurrido nunca!

Se sentó en su silla, cuando de repente se acordó de los albañiles que estaban esperando a que cerrara la llave de paso. Salió del cuarto de calderas, completamente revolucionado. Avisó a los albañiles que ya habían comenzado el segundo cigarro y se dedicó a sus tareas. Quería olvidar lo que había visto, pero no le era posible. El muy miserable le había negado unas horas de trabajo. Hay gente con las entrañas bien negras, pensó a modo de colofón. En ese momento, casi se alegró de que la jubilación le librara de aquel indeseable. Era el primer pensamiento positivo que le proporcionaba su próximo cese de actividad laboral. No iba a ser todo malo.

Capítulo V

Año 1996.

Martín y Oscar caminaban en completo silencio, uno al lado del otro. Como unos autómatas, sus pies les guiaban hacia la residencia mientras sus cabezas andaban en otra dimensión completamente ajena a su realidad. Antes de cruzar una calle, o la carretera, se detenían mirando a un lado y otro y una vez cerciorados de que no venía ningún vehículo, carro o bicicleta, cruzaban con paso ligero. Las gentes con las que se encontraban les saludaban y ellos devolvían el saludo de forma amable y correcta.

Oscar se lamentaba de que el maldito tren no hubiera parado en la estación. Eran ya muchas las veces que esto ocurría y no recordaba que tal cosa hubiera pasado en todos los días de su vida. Los trenes paraban en las estaciones y de ellos se bajaban viajeros, mientras que otros, los que esperaban, se subían sustituyendo a los que se habían bajado. Recordó que él mismo había realizado ese doble tránsito cuando era niño y estando de vacaciones del colegio, se iba a casa de sus tíos que vivían en la ciudad. Pasados veinte días emprendía retorno a su casa en el mismo tren. Y siempre paraba. ¿Cómo podía ser de otra forma? No podía entender tan extraño comportamiento. Sintió que sus ganas de abandonar su pueblo, al que ya nada le ataba, se desvanecían. Sus recuerdos eran muy dolorosos y todos los días de su vida se le presentaban con insistente amargura. Tenía que salir del pueblo lo antes posible. Lo necesitaba. Por la tarde volvería otra vez a la estación, a ver si esta vez había suerte. Pero si el tren no paraba en la estación, ¿cómo lograría tomarlo para ver cumplidos sus deseos?

Martín iba pensando en sus montañas. Un día le pediría a Matías, el taxista del pueblo, que lo llevara a las montañas para ver que había al otro lado. Pero antes, esperaría a que regresara Marta y luego, juntos, irían a verlas. Sin embargo una duda comenzaba a abrirse camino en el fondo de su mente: el temor sobre si algún día vería cumplido su deseo de ver a Marta bajar de ese tren. El hecho de que éste llevara tanto tiempo sin detenerse en la estación comenzaba a martirizarle. Era como una señal de mal agüero. Algo que no comprendía. ¿Acaso, nadie quiere bajarse en el pueblo? Tal vez, como a veces le decía Oscar, Marta hubiera muerto y por alguna razón desconocida no se lo hubieran comunicado. Pero por alguna razón que él desconocía, confiaba en que ella conservaría siempre el Libro de Familia que siempre lo mantuvo en su poder desde el primer día, ante su propio asombro, porque no podía entender que aquel librito azul pudiera representar tanto para ella. Por tanto, estaba convencido que ese pequeño y azulado libro lo tendría siempre consigo. Y a través de él darían con su paradero.

La puerta de la Residencia se alzaba delante de ellos. Una puerta de considerables dimensiones acorde con las del enorme edificio al que daba acceso. La Residencia, una construcción de primeros de siglo XVIII, fue la casa solariega de una importante familia entroncada con la realeza, que en sus buenos tiempos debió de tener un aspecto imponente. Sin embargo, el paso del tiempo junto con la ruina de sus herederos y la dejadez, hizo que la casona fuera poco a poco deteriorándose, estando necesitada de reparaciones prácticamente en todas sus elementos: estancias, techados y artesonados. Se había hecho cargo de ella el Consistorio y con ayuda de las instituciones del Estado, había emprendido la importante misión de recuperarla para el acervo arquitectónico de la población. En ella, la beneficencia

municipal había instalado la Residencia de Ancianos y Desamparados, destinada a los que por no tener posibles o tenerlos muy escasos, además de estar necesitados de cuidados, pudiera ser ingresados en ella. En la actualidad, residían en el palacete municipal cuarenta residentes, entre hombres y mujeres y algún matrimonio. Todos ellos, bajo los cuidados de los veinticinco empleados que los atendían y realizaban las diversas tareas del centro, cocineros, camareras, asistentes y un par de enfermeras que velaban por la salud de los residentes. Don Félix, director de la Residencia, observaba desde la ventana de su despacho, situado en la segunda planta, la llegada de los dos ancianos. Como siempre, uno al lado del otro, en silencio, y que por la dirección que traían procedían de la Estación de Ferrocarril, como hacían diariamente desde hacía algunos años. Hacía más de un año, que ya no paraban trenes en la estación, pero aquellos ancianos habían decidido ignorar lo que todo el mundo les decía y seguían como siempre, esperando a que un tren parase en ella. Martín, llevaba más de cinco años ingresado en el centro y durante todo ese tiempo, acudía diariamente a la estación en espera de que un día llegara su esposa, quien le había abandonado mediados los cincuenta. En cuanto a Oscar, había ingresado en la Residencia hacía año y medio, desde que sus padres fallecieron, al parecer por inhalación de monóxido de carbono, producido por una estufa que tenían encendida. Oscar cayó en una enorme depresión, negándose a alimentarse, por lo que las autoridades sanitarias no tuvieron más remedio que ingresarlo en la Residencia ante la falta de familiares conocidos. Desde entonces, y tras conocer a Martín, tomó la costumbre de dirigirse a la estación acompañando a éste, llevando siempre una maleta, a la espera de poder tomar un tren y abandonar el pueblo. Era una persona afable, participativa, muy tranquila y se

expresaba con gran corrección y claridad, gozando de cierto prestigio entre los internos del centro.

Según sus respectivos informes médicos, tanto Martín como Oscar, no eran considerados peligrosos, por lo que gozaban de una libertad plena. Entraron en la Residencia dirigiéndose al comedor. Don Félix, volvió a su sillón de cuero, no sin sentir una cierta lástima por aquellos dos infelices. Luego centró su atención en los papeles que desde hacía dos días esperaban su visto bueno.

Después de la comida, Martín y Oscar se dirigieron a sus respectivas habitaciones. Eran de los pocos que tenían una habitación individual. El Consejo Médico así lo determinó en el momento de su ingreso. Los dos acostumbraban a dormir la siesta, aunque la mayoría de las veces, esta consistía en estar echados sobre la cama dejando transitar a sus mentes libres de ataduras.

Martín se acostó encima de la cama sin retirar la colcha, vestido, pero sin zapatos. Cruzó sus brazos sobre el pecho y posó su vista durante unos momentos en el techo azul de su habitación, para seguidamente cerrarlos y sumirse en sus pensamientos, quienes como todos los días, le llevaron al año 1952, para volver a revivir las escenas que conservaba nítidas y frescas en su mente, como si estuvieran ocurriendo en aquellos instantes. Se relajó y dejó correr sus recuerdos...

La noticia corrió como un reguero de pólvora por todo el pueblo: Marta estaba embarazada al parecer de un cliente de la posada que últimamente acostumbraba a hospedarse en ella. Martín conoció la nueva estando en el bar Aurora, uno de los tres bares que había en el pueblo donde acudía habitualmente a tomarse un café

antes de enganchar en la carpintería. La noticia, la estaban comentando un grupo de muchachos y la aderezaban con una serie de comentarios groseros que molestaron a Martín. Al principio no prestó mucha atención a la conversación de sus convecinos, pues consideraba que sus conversaciones normalmente no tenían interés alguno para él, pero en un momento dado, uno de ellos pronunció el nombre de Marta, y aquello le encendió instantáneamente las alarmas, máxime cuando empezó a comprender que lo que hablaban con anterioridad se refería a su querida Marta. Prestó la máxima atención a lo que comentaban aquellos desalmados, y a cada comentario una espina se clavaba en su cerebro hasta que no pudo más. Se levantó y salió precipitadamente del bar sin pagar la consumición. Comenzó a andar sin saber adónde. Al principio corriendo, para luego ir decreciendo la velocidad hasta finalmente detenerse, pues el corazón amenazaba con salirse por la boca. Se sentó en el primero de los cuatro escalones de la fuente hundiendo su cabeza entre sus manos, sollozando desconsoladamente. Unas mujeres que pasaban por allí con el cántaro en la cabeza se lo quedaron mirando con curiosidad. *Es Martín, el chico de Esteban el Carpintero*, dijo una a la otra, mientras ésta asentía con la cabeza. Sin atreverse a preguntarle, siguieron su camino volviendo de vez en cuando la cabeza para comprobar si seguía el muchacho allí. Y así estuvo cerca de una hora. No quería creer lo que había oído sobre su Marta. Cuando levantó su cara llorosa, había decidido ir a verla. Se lavó en la fuente, secándose con las mangas de la camisa y se dirigió hacia la pensión. Se había olvidado de la carpintería.

Quando llegó ante la puerta del establecimiento vaciló durante un momento. Eran las tres de la tarde y el sol castigaba duramente el empedrado de las calles. No

había una sola alma que notara su presencia allí. De repente, le habían entrado los miedos y la inseguridad y su firme determinación comenzaba a flaquear. Tras recuperarse, respiró hondo y se dirigió directo hacia la puerta. Ya estaba a punto de llegar, cuando la puerta se abrió de repente y de ella surgió Marta, quien con cara de haber llorado durante todo el día, lo cogió de la mano y lo introdujo en la caballeriza por una puerta anexa a pocos metros de allí. Él se dejó conducir dócilmente mientras su mente se había quedado en blanco. Sin embargo, el contacto de la mano de ella le había comenzado a producir una sensación de calma y tranquilidad que su atormentada alma agradeció infinito. Una vez dentro, se sentaron sobre unas banquetas situadas al fondo y donde una leve y suave corriente de aire refrescaba el entorno creando un lugar agradable donde intercambiar las cuitas y desvelos que estaban a punto de intercambiar.

Marta se quedó mirando fijamente a los ojos de Martín, quien ante el rostro de su amada se había quedado arrebolado. La infinita pena que mostraba aquel rostro, para él angelical, casi estuvo a punto de arrancarle un gemido de su garganta. Aquellos ojos suplicaban algo que no podía entender. Pero fuera lo que fuese, estaba dispuesto a darlo. Aunque fuera su vida.

— Estoy embarazada, Martín— dijo ella, con la voz ronca.

— Pero yo, no... vamos que...— balbuceó Martín. Marta estuvo a punto de sonreír ante la reacción de aquel inocente.

— No claro que no. Tú no tienes nada que ver con mi estado— dijo Marta, a la vez que pasaba su mano por la cara angustiada de Martín. Este la miró fijamente, y de pronto se dio cuenta del cardenal que cruzaba su cara.

— ¿Que te ha pasado?— pregunto a la vez que con su mano se tocaba la cara.

— Mi padre— dijo

— ¿Y qué vas a hacer?—

— Depende— dijo Marta, mirándolo de esa manera que miran las mujeres cuando quieren conseguir algo. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Martín.

— Depende, ¿de qué?—

— De ti— dijo Marta sin dejar de mirarle. Martín dio un respingo, poniéndose tenso.

— ¿De mí?—

— Sí. Verás Martín— en ese momento cogió las manos del muchacho que temblaba de pies a cabeza.

— Yo sé que ha estado mal que me haya relacionado con ese viajante, que finalmente ha resultado ser un hijo de mala madre. Pero yo soy joven e inexperta y caí en sus redes como una avecilla. — dijo con voz suave, a la vez que dos surcos de lágrimas recorrían su cara y que a Martín se le antojaron cuchillas que iban abriéndole las carnes.

— ¿Así que es verdad lo que decían los chicos en el bar?—

— Veo que ya es comentario de bar. Por eso te necesito Martín— dijo Marta

— ¿Y cómo te puedo ayudar?— dijo Martín mirando a su amada a los ojos. En aquellos momentos la veía todavía más bella. Tal vez las preocupaciones le habían dado aquel aire dolorido, que tanto daño le producía en su ánimo.

— ¿Podrías casarte conmigo y decir que este niño es tuyo?— dijo Marta poniendo su cabeza entre las manos de Martín.

Se hizo un silencio que pareció durar horas. Martín había escuchado las palabras de Marta, y ahora las estaba procesando a toda velocidad. La tensión que

soportaba en su interior desde que oyó aquella conversación en el bar, junto con la petición que le acababa de hacer Marta, alcanzó su máximo nivel produciéndole un fuerte dolor de cabeza, que hizo que a su rostro aflorara una mueca de disgusto.

— Ya. Lo comprendo perfectamente— dijo Marta interpretando el gesto de Martín como una negativa.

— No, no es eso— se apresuró a decir Martín— Es que de repente me ha entrado un enorme dolor de cabeza.

— No es de extrañar, mi pobre Martín— dijo Marta mientras le pasaba la mano por el cabello. En aquel instante, sabía que había ganado la batalla.

La boda se realizó a los quince días de aquella conversación. Martín estaba eufórico. Poco o nada le importaban los comentarios o las risitas que notaba a su alrededor. Terminó pensando que eran motivadas por la envidia. A la ceremonia asistieron los padres de los contrayentes y media docena de amigos y familiares. Los recién casados se instalaron en la tercera planta de la casa donde sus padres tenían instalada la carpintería, además de vivir en la primera planta. Pasados seis meses, nació una hermosa niña, a la que pusieron el nombre de Oliva, capricho de la madre de Marta, a lo que Martín cedió amablemente aunque llevaba la idea de llamarla Ana como su madre.

— ¡Martín, Martín, son las seis y media!— Era Oscar quien así le despertaba.

— Creo que me he dormido— dijo

— ¡Ya lo creo! Vamos. Te espero en recepción. — y dando media vuelta, Oscar abandono la habitación de Martín. Este pudo ver como su amigo, llevaba consigo su sempiterna maleta. Una maleta pequeña, forrada de tela a cuadros, y con cantoneras de chapa pintadas de color marrón.

Capítulo VI

Año 1996

Aquella fría tarde de otoño, el tren pasó a toda velocidad delante de aquellos dos pasajeros de pie en el andén parecían estar esperando su llegada. El maquinista, nuevo en la línea, cuando encaró la recta hacia la estación, vio con sorpresa como en el andén había dos personas de pie, uno de los cuales portaba una maleta. Era evidente que aquellas personas esperaban que el tren se detuviera en la estación. Se extrañó de lo mal informados que andaban aquellos pasajeros, esperando a subir a un tren en una estación que llevaba fuera de servicio año y medio. Cuando ya sobrepasaba la estación, soltó una estruendosa carcajada pensando en la decepción de aquellos viajeros cuando vieran que el tren pasaba de largo.

Los dos amigos, aguantaron la ráfaga de aire frío que levantó el tren en su veloz paso por el andén y Oscar tuvo que acudir con la mano en auxilio de su sombrero para evitar que saliera volando en pos del tren. Nueva decepción. Carlos, los miraba desde detrás de la cristalera de su comfortable oficina.

— ¡Señor, señor! ¡Pobres abuelos!— dijo moviendo la cabeza— ¿Cómo no parará un día un tren para que al menos por una vez puedan irse satisfechos a la cama? ¡Qué triste es la vida! Luchar y sufrir para que un día la cabeza se desorganice y te mueras en vida. Porque eso es estar muerto en vida. Luego los vio pasar por delante de la cristalera, camino de la Residencia. Se sentó y pensando en los dos abuelos, a su mente acudieron

recuerdos de aquellos años en los que él, con quince años, ya trabajaba de ayudante de peón caminero en las labores de mantenimiento de la Estación. ¡Y como trabajaba! A lomo caliente. Su labor consistía en recorrer las vías del tren asignadas acompañando a un Oficial, quien martillo en mano, golpeaba constantemente las vías y las ruedas de los trenes para determinar la existencia o no de roturas o resquebrajamientos. Vigilaban las traviesas y los pernos de sujeción, el estado de la madera y de que todo estuviera en condiciones, especialmente las señales que se manejaban desde la estación, pues eran vitales para evitar accidentes. Él, como ayudante, era el encargado de llevar el serón donde se colocaban las herramientas que luego usaba el oficial y que pesaba como si llevara sesenta kilos de carbón.

En 1951 todos eran jóvenes, un tanto timoratos y un poco gamberretes. El conocía a todos los chicos de su edad y a los más mayores. En un pueblo se conocen todos. Conocía también a Martín y a Oscar. Eran los *bichos raros* del pueblo, porque apenas salían de sus casas y cuando lo hacían, sobre todo para las fiestas, se recluían pronto en casa. En el caso de Oscar, la razón estaba clara: sus padres, y en especial su madre, una mujer absorbente obsesionada con tener a su hijo entre sus faldas que lo tenía atado con un cordel muy corto. El pobre chaval no podía decidir nada ni dar un paso sin conocer con anterioridad la opinión de su madre, que siempre era negativa. Su padre, por el estilo, aunque un poco menos absorbente. A los demás les daba lástima porque era un chaval muy *majo*. Oscar era buen estudiante. En el colegio era el que más nota sacaba. Allí, a salvo momentáneamente de la influencia y del influjo de su madre, se manifestaba el auténtico Oscar, un poco retraído de entrada, pero compañero en todas las trastadas. Siempre decía que cuando fuera mayor

abandonaría el pueblo para ir a ver mundo. En Geografía era un fenómeno. Se sabía todas las poblaciones que aparecían en el globo terráqueo de la escuela. Ya podían estar en África, en América o en la Conchinchina. Lo sabía todo. Martín, por el contrario, era un chico tranquilo, introvertido, de poca o nula conversación, con pocas luces o por lo menos, las justas. Vivía en su mundo, que nadie conocía. No se metía con nadie y nadie se metía con él. Todo lo que aprendía lo hacía en función de la carpintería de su padre. Si se podía aplicar a su trabajo, se lo aprendía en un abrir y cerrar de ojos y ponía un interés desmesurado. Lo que no, simplemente pasaba de ello. De nada servían las reprimendas del maestro y sus continuas quejas a sus padres: estos estaban de acuerdo en que para el chaval y lo que le esperaba en la vida, las cuatro reglas, leer y escribir, era más que suficiente. A veces hay padres que merecerían un castigo. Y los padres de Martín y Oscar, desde luego se lo merecían.

A Marta, la recordaba bien. Representaba a los ojos de un chico de quince años la perfección hecha mujer. Su simpatía y su belleza eran atributos que envidiaban, y por tanto desdeñaban, el resto de las chicas, por lo que la hacían objeto de sus críticas y menoscabos, profetizándole grandes males como luego paso. Los más mayores, recordaba, también le hacían el vacío, pero en este caso, más por timidez que por otra cosa. La chica superaba ampliamente los estereotipos al uso. A todos les gustaba hablar con ella o bailar de forma informal, bajo las miradas rencorosas de las otras, pero dar un paso más en la relación, no había nadie que lo intentase.

Cuando ocurrió lo del embarazo de Marta, todo el mundo dio por cierto que el padre sería aquel representante que pasaba muchos días en la pensión y al

que se veía intimar mucho con ella. Pero la sorpresa mayúscula fue, cuando se anunció que el padre de la criatura era Martín y que se iban a casar. Al principio fue un escándalo, pero luego la cosa se fue sosegando y si bien es verdad que estas cosas nunca las olvida el pueblo llano, finalmente se dejó de hablar de ello. Todo el mundo daba por sentado que Marta había convencido o engañado a Martín para que se hiciera pasar por el padre de la criatura.

Por lo demás todo fue transcurriendo con normalidad. Nació una niña, al parecer con poca salud que estaba constantemente en un lloro. En cuanto al matrimonio, eran frecuentes las broncas que Marta le echaba al pobre Martín por cualquier nimiedad, que él aguantaba estoicamente sin replicar. Pasaron cuatro años, y de repente un día se llevaron urgentemente a la niña a la capital. Al día siguiente llegó al pueblo la noticia de su muerte y la detención de Martín. Al entierro acudió todo el pueblo. Al fin y al cabo, se trataba de una niña de cuatro años y la solidaridad del pueblo con los padres fue total. Marta, permaneció en todo momento ajena e indiferente a todo, y que todo el mundo achacó a los terribles momentos por los que estaba pasando. Tal vez en aquellos momentos, estaba decidiendo lo que haría pocos meses después. Dos días más tarde se supo que Martín había sido acusado de maltrato a la niña, que falleció como consecuencia de un golpe en la cabeza. En el juicio se declaró culpable, y el Juez le impuso una condena de treinta años y un día. Pero tal vez Martín, fue el único que creyó en su culpabilidad. En el pueblo nadie dudó por un segundo que fue Marta la autora del golpe. Y otra vez Martín volvía a cargar con sus culpas. Cuando cumplió veinticinco años de condena y cincuenta de edad, fue puesto en libertad, volviendo al pueblo, donde fue recibido con muestras de cariño. Durante el tiempo

de su condena, su padre mantenía a duras penas el taller de carpintería. La llegada de su hijo, le permitió retirarse y entregar a Martín las riendas del negocio. En un plazo de dos años fallecieron sus padres. Y Martín empezó a mostrar los primeros síntomas de que algo no funcionaba en su cabeza.

Con Oscar la historia era diferente. Conforme iba creciendo, su sumisión también fue cambiando. Al principio, en la escuela, no mostraba aparentemente gran contrariedad por el férreo control que ejercían sus padres sobre él. Tenían una tienda en el pueblo en la que se vendía absolutamente de todo. Y si lo que querías no lo tenían, tú se lo encargabas y en cuestión de días te lo traían. Aquella tienda producía un enorme efecto de atracción en las personas. Ver en un lugar tan pequeño, tal cantidad de cosas tan dispares y sin relación unas con otras, te producía una sensación especial, como si entraras en un lugar con cierta magia. La sensación de caos que había en aquella tienda, te absorbía y te divertía. Multitud de objetos colgaban del techo, y en más de una ocasión, uno se llevaba un golpe en la cabeza, por no haber reparado en ello. Otra de las maravillas era que, tanto Oscar, como sus padres, conocían la exacta ubicación de lo que le pedías. Una vez que les decías lo que querías, se encaminaban directamente al objeto, sin ningún tipo de vacilación. El suelo, hecho de tablas de madera que crujían con el paso de las personas, emitían continuas quejas que parecían amenazarte con romperse y precipitarte al abismo ignoto contribuía a aumentar el encanto misterioso del que gozaba la tienda. Y ese olor perpetuo a humedad junto a la sensación de frescor en verano y frío en invierno, procedente de las oscuras profundidades de la tienda. *Almacén de Coloniales y Ultramarinos*, rezaba en un cartelón a la entrada de la tienda junto a otro que anunciaba “Nitrato de Chile”. Y

nos parecía tan normal, hasta que alguien te preguntaba que quería decir eso. Y te quedabas con la boca abierta. ¡Tantos años entrando en la tienda, y en realidad no sabías en lo que entrabas! Lo que es la costumbre....

En 1993, una vez cerrada la tienda, que por entonces ya dirigía solo, al regresar a casa se encontró a sus padres muertos en la cocina. Al parecer debido a un desgraciado accidente con el brasero, que debido a una combustión incompleta, produjo monóxido de carbono causante de las muertes. Los encontró sentados plácidamente en las mecedoras en las que solían pasar las horas viendo la televisión, y en medio de ellos, el brasero, el autor de la desgracia. Aquello supuso un golpe demasiado fuerte para Oscar. El médico del pueblo se limitó a certificar el fallecimiento por monóxido de carbono, y la Guardia Civil que actuó de oficio debido a las circunstancias de la muerte, se limitó a confirmar la versión del médico.

Unos golpes en los cristales le despertó con sobresalto. Era su mujer, quien le hacía señales desde fuera, a la vez que movía la cabeza con gesto malhumorado. Miró su reloj: eran casi las diez de la noche. ¡Caramba!.

Capítulo VII

Año 1996

Aquella noche, como todas las demás, Martín cenó frugalmente. Una naranja y una cuajada con abundante ración de miel. Una vez que hubo cenado, se acercó al salón, tomó un periódico, y cuando se cansó de leer, pues las noticias que traía le importaban bien poco, se marchó a la cama, sin despedirse de Oscar, que jugaba una partida de dominó con otros residentes. A pesar de compartir ambos su esperanza de que un tren parase algún día en la estación, y con ello, la posibilidad de ver cumplidas sus ilusiones, no existía entre ellos la amistad que existe entre amigos verdaderos. Compartían una misma ilusión, que por diversas razones, estaba focalizada en la estación de tren.

Ya en su habitación, se sentó en la cama, abrió el primer cajón de la mesilla, y saco una fotografía en la que aparecía él junto con Marta y la niña. Los tres estaban sonrientes. Martín miró largamente la fotografía, recorriendo lentamente con sus dedos el perfil del rostro de la mujer mientras sus ojos se inundaban de lágrimas.

— ¿Por qué lo hiciste, por qué?— musitó

Luego, rebuscando un poco más, sacó una cartera y de su interior extrajo un papel doblado en cuatro trozos. Se trataba de una carta tamaño folio, doblada y

desdoblada infinidad de veces. Una vez más, la desdobló y sin parar de llorar, comenzó a leer:

“Querido Martín: Yo no sé si puedo pedirte lo que voy a pedirte. Dudo que exista mujer o ser humano en el mundo, que haya hecho más daño a una persona tan buena como tú. Te he hecho mucho daño, y a cambio, tú me has dado un cariño y un amor infinitos, sin reservas, sin doblez, sin exigir nada a cambio. Y esa infinita bondad, ha terminado por resquebrajar mi alma, pues finalmente he comprendido mi horrible pecado, y por ello, cada día me soporto menos. He acabado odiándome por hacerte tanto daño. Y ahora voy a volver a hacértelo, aunque me duela profundamente. Pero lo hago porque al final, he aprendido a quererte, y no puedo permitir que sufras más por mí. Yo represento la maldad en tu vida. Por eso me aparto de ti, para evitar hacerte más daño. Una vez oí que las personas como yo, tenemos la naturaleza del escorpión. Utilizar a los demás y hacerles daño, forma parte de nuestra naturaleza. Aunque nos vaya la vida en ello. Sé que te voy a hacer daño, pero será la última vez. Me voy para no volver jamás. No puedo soportar más las miradas de reproche que veo en las gentes del pueblo y el vacío que me hacen en todos los sitios. Y no creas que me quejo, no. Me las merezco. Por eso tengo que dejar el mundo que conozco y que me conoce. Terminaría volviéndome loca. Y ahora quiero suplicarte una última petición, y es que me arrojes de tus recuerdos y de tus pensamientos. No me siento con valor para suplicarte tu perdón. No llega a tanto mi desvergüenza y ya

no quiero rebajarme más en la escala de los indeseables. Olvídame y si tu amor se torna en odio, me lo tendré merecido. Adiós. Marta.”

Luego la volvió a doblar y la introdujo nuevamente en la cartera. Se desvistió con calma, dejando las prendas de forma ordenada sobre una silla y tras ponerse el pijama, se dejó caer en la cama, apagando la luz. Y como casi todas las noches, sus recuerdos le trasladaron cuarenta y cuatro años atrás, cuando sucedió la terrible tragedia que cambió toda su vida. Las imágenes de aquellos momentos, las recordaba con una nitidez total. Como si hubieran ocurrido ayer. Como si estuvieran ocurriendo en aquellos mismos momentos...

Cuando aquella noche llegó a casa, Martín se dio cuenta inmediata de que algo pasaba. Al principio no sabía qué, pero luego cayó en el por qué: ausencia de ruido. Normalmente, cuando entraba en casa a esa hora, la de la cena, la música de fondo habitual consistía en el llanto de la niña y los gritos y llantos de Marta, luchando con ella para que comiera. Pero el silencio era absoluto. Casi innatural. Intuyó que algo iba mal. Entró en el comedor con el corazón pugnando por salirse del pecho. Se encontró a Marta sentada en la mecedora, con la niña en brazos y balanceándose con un rítmico bamboleo. Nada de aquella entrañable escena le pareció normal. Marta lloraba en silencio, mientras la niña parecía dormida. Martín se acercó solícito mientras sus ojos se posaban en una rojez en la cara de la niña.

— Está muerta. Está muerta. Martín, yo la he matado— dijo Marta con una voz que desconocía en ella.

— ¿Pero....? ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué ha pasado?— dijo, mientras notaba que en su estómago se producía un vacío. Se acercó a la niña poniéndole la mano en el cuello, buscando un latido liberador. Al principio no

sintió palpitación alguna, pero a los pocos instante le pareció sentir una. Contuvo la respiración y... ¡sí, era un latido!, y luego otro, y otro...

— Ella lloraba y lloraba...y hoy no sé por qué, más que nunca— decía Marta con voz ausente y la mirada perdida.

— ¡Vive, no está muerta!— dijo Martín, sin que su mujer reaccionara a sus palabras.

Sin mediar más conversación, se levantó y se dirigió a toda velocidad a casa del doctor en busca de ayuda. Cuando a los pocos minutos regresó en compañía del médico, el cuadro en aquella habitación seguía siendo el mismo: Marta con la niña apoyada en su regazo, llorando en silencio y la mecedora moviéndose en un tétrico movimiento de vaivén. El doctor cogió a la niña y la llevaron a la cama de matrimonio donde procedió a auscultarla. Cuando vio la marca en la cara, se volvió hacia los padres con gesto duro.

— Me la llevo al Hospital Provincial en la capital. Deberéis acompañarme los dos. Por el camino me iréis contando exactamente lo que ha pasado.

Los cuatro se introdujeron en el coche emprendiendo camino del hospital. Conducía el doctor y en los asientos traseros iban Marta y Martín quienes llevaban a la niña apoyada sobre las piernas de ambos. Durante todo el camino, Martín abrazaba a Marta, silenciosa y en permanente llanto. Martín sufría lo indecible por ella. Sabía que su vida era dura, y que la poca salud de la niña, siempre llorando o chemequeando, la hacía todavía más dura. De camino a la ciudad, sumergidos en la oscuridad y en el silencio del interior del vehículo, la miraba de soslayo y se admiraba por la hermosura de su rostro acentuada por el rictus de dolor y el llanto que cubría sus mejillas. De vez en cuando la estrechaba contra él, en un

acto de amor infinito, manteniendo la presión durante unos segundos. Llegaron al hospital, y la niña y el doctor desaparecieron detrás de unos camilleros que se encaminaron al interior del mismo. De ellos no se preocupó nadie. Una enfermera, les indicó un lugar donde esperar, y allí se sentaron los dos, a esperar los acontecimientos.

En la oscuridad de su habitación, Martín lloraba en silencio. Sufría lo indecible por la pérdida de su amada. La vívida realidad con la que se le presentaban los sucesos acaecidos hacía tantos años, aceleraba sus pulsaciones de tal forma y violencia, que podían verse las contracciones de sus venas en su cuello y brazos. Era curioso, pero no recordaba la cara de la niña por más que lo intentase. No lograba ver sus rasgos. Solo recordaba, y a la perfección, el rostro de Marta. De pronto le asaltó una duda, ¿podría reconocer a Marta si un día se bajara del tren?

Dos horas más tarde, el doctor del pueblo, acompañado por otro del hospital se dirigió a ellos. Con una expresión en su rostro dura y seria no se anduvo con rodeos.

— Hace unos minutos que la niña ha muerto. También hemos observado que había recibido un brutal golpe en la cara, lo que ha producido daños irreversibles en la base del cráneo que ha sido la causa final de la muerte. Este hecho, lamento decirlo, tiene consecuencias desagradables para vosotros, pues es nuestra obligación dar parte al Juzgado, dado que entendemos que ha habido una agresión a una menor. Conllevará también que el Juez ordene la realización de la autopsia.

Marta no reaccionó. Parecía ausente de cuanto le rodeaba. Martín posaba su mirada alternativamente en ella y en los doctores.

— Ahora, les ruego que pasen al despacho del Director del Hospital, hasta ver que determina el Juez que se haga cargo del caso.— dijo el médico del hospital.

Recordaba cómo se dejaron conducir hasta el despacho del Director, ante la sorprendida mirada de los que se encontraban en aquella sala de espera. Cuando por fin, después de varias horas se personó el Juez en aquel despacho, y recibir el correspondiente informe médico, dictó orden de realización de la correspondiente autopsia. Más tarde, y en el mismo despacho les tomo la declaración a los dos. Primero interrogó a Martín, quien se declaró autor del golpe, aunque no supo dar muchos detalles sobre lo sucedido, por lo que ordeno su inmediato ingreso en prisión.

Se despertó sobresaltado, empapado en sudor. La taquicardia que tenía en aquel momento, le producía dolor en el pecho. Tenía la boca seca. Se levantó y se sirvió agua en un vaso, que rellenó tres veces. Luego se volvió a acostar, quedando dormido a los pocos minutos en un sueño reposado y tranquilo.

Todas las noches se repetía la misma escena. Martín vivía anclado al pasado y no podía liberarse de sus cadenas. Eso solo ocurriría si un día, un tren se detuviese en la estación, y de él bajara Marta, su Marta. Entonces, y solo entonces, su vida real y su vida interior, serían una sola vida. Ya no aspiraba a nada más. Bueno, y a sus montañas.

Capítulo VIII

Año 1976

A los cinco meses de su estancia en la cárcel, Martín recibió una carta de Marta, y a partir de aquel día, todos, absolutamente todos los días, leía la carta varias veces, y a cada lectura, entresacaba nuevas conclusiones e ideas que él, en su vorágine interior, creía ver entre líneas. Finalmente, concluyó que ella arrepentida por el daño que, según le decía en la carta, le había hecho, se apartaba de él como penitencia que se autoimponía por el daño hecho y que cuando considerara que ya había purgado su pecado, pasados los años, un día volvería a él para seguir juntos hasta el final de sus días. Y en ese momento, él sería el hombre más feliz de la tierra.

Al principio fue duro. Verse privado de libertad y sobre todo sin poder ver a su querida Marta se le hacía del todo insoportable. No era fácil acostumbrarse al oprimente ambiente reinante en la prisión, donde los internos trataban de establecer sus pequeños territorios y alianzas para poder sobrevivir lo mejor posible durante los años de la condena, y en los que personas como Martín, eran vistos como desvalidas avecillas al alcance de halcones y gavilanes y que constituyen prontamente el objeto de deseo de semejante fauna. Sin embargo, el Director del Centro, debía de ser buena persona porque se percató enseguida de cuál sería el destino de aquel *palomo* dentro de aquel gallinero. Conocía por el expediente que obraba en su poder que Martín tenía de

profesión carpintero, por lo que al día siguiente de su ingreso lo inscribió en unos cursos de ebanistería, entre otros, que se estaban desarrollando dentro de la prisión, para de esta forma mantenerlo las menos horas posibles junto al resto de internos. Martín enseguida se destacó por su habilidad confeccionando sillas y mesas, y hasta él mismo se dio cuenta de que con aquella actividad, su cabeza estaría ocupada en otras cosas durante el día ayudándole a pasar el tiempo de condena. Para la prisión, constituyó un valioso elemento, porque de mesas y sillas, pasó a construir muebles más complejos y que se necesitaban en el centro y que con la habilidad de Martín no sería necesario adquirirlos en el exterior. De esta manera, Martín se hizo acreedor a un *status* dentro de la prisión que le ayudaría a hacer una vida mucho normal y más acorde con la que había llevado hasta entonces.

Por la noche volvía a su celda una vez concluida su “jornada” en la carpintería y haber dedicado un tiempo al asueto en el patio de la cárcel, jugando a las cartas o practicando de vez en cuando algo de deporte en forma de partidillos de fútbol entre reclusos, o simplemente charlando o relacionándose con sus compañeros de infortunio. Pero una vez que la reja de su celda se cerraba tras de sí, se desconectaba de su realidad diaria y su mente le transportaba a su mundo interior que en aquellos instantes se convertía en “su” realidad. Durante todo el día vivía con el deseo de que llegara la hora de volver a la celda. Era su puerta de escape a la encerrona que la vida le había reservado. Aquel momento era lo que le mantenía sereno y esperanzado. Convivía con dos realidades y cada una de ellas tenía su tiempo y su lugar perfectamente establecido y desde luego, no había ninguna contradicción entre ellas. Fuera de aquellas dos realidades, para Martín no existía absolutamente nada. Una vez acostado, cerraba los ojos y volvía a recordar

todos los instantes que la vida le permitió pasar junto a Marta. Le perdonaba todo, si es que alguna vez la había condenado por algo, y en todo veía excusa para exonerarla de cualquier responsabilidad en cualquier acto. Su amor por Marta había cristalizado, idealizado el modelo, y una vez fundido en el crisol de su alma, se había fijado en la memoria activa y pasiva de Martín. Convivía en dos mundos, el real y el interno. En el real actuaba con absoluta normalidad, según fuera necesario, pero rechazaba de él todo aquello que fuera incompatible con su mundo interior idealizado. De esta forma, se comportaba con normalidad absoluta ante los demás, pero una vez en su celda, se introducía en sí mismo para vivir intensamente en su mundo ideal.

Durante los años de su estancia en el centro penitenciario, había recibido la visita regular de sus padres, normalmente una vez al mes, con lo que mantenía el contacto con los sucesos de su pueblo, más por tema de conversación de sus padres que porque él preguntara. Siempre había sido muy parco conversando y normalmente había que sacarle las palabras de la boca, por lo que su distante conducta no les extrañó, y por ello no pudieron detectar la doble polaridad existencial en la que vivía su hijo. Jamás le mencionaron a Marta, pues la sola mención de este nombre, les producía dolor y rechazo, a la que culpaban totalmente de la desgraciada vida de su hijo, que se veía en aquellas tristes circunstancias por su culpa. No pasaba día sin que dejaran de maldecirla.

Un día fue llamado al despacho del Director, quien le comunicó que debido a su conducta y a los buenos informes emitidos por él mismo y la Comisión de Seguimiento de Reclusos, se había decidido su puesta en libertad para la semana siguiente. Habían pasado veinte

años y tenía cincuenta años de edad. El Director no se extrañó por la frialdad con que recibió la noticia. Sabía que algunos reclusos que han pasado muchos años en la cárcel, un lugar reducido y en el que paradójicamente se sienten protegidos, cuando se les pone en libertad el hecho de tener que enfrentarse a otro escenario más grande, más abierto y con muchas más personas, les produce una cierta sensación de miedo existencial para el que no se sienten preparados. Después de leerle el documento en el que se establecía su puesta en libertad, le deseó toda clase de parabienes, recomendándole que se refugiara durante los primeros meses con los suyos hasta que se habituara a su nueva situación. Sobre el mundo exterior no le hizo comentario alguno, suponiendo que gracias a la televisión del centro estaría perfectamente informado. Pero a Martín, el mundo le traía completamente sin cuidado. Durante su estancia en la institución, apenas había prestado atención a las noticias del mundo. Le dijo también que había telefoneado a sus padres, quienes pasarían a recogerle a la puerta de la Cárcel.

El día de su liberación, el Director le hizo entrega de un sobre que contenía varios documentos sobre su situación penitenciaria y una cantidad de dinero, que según le dijo, se lo había ganado por su trabajo en la carpintería de la cárcel. Le dio la mano en señal de despedida y cuando Martín se dirigía hacia la puerta acompañado de un celador, el Director se dirigió a él—

— Una curiosidad Martín. ¿De verdad fuiste tú el que golpeó a la niña?— Martín se volvió y lo miró con extrañeza durante unos segundos. Sin decir nada, y con mirada ausente se dio media vuelta y abandonó el despacho del Director seguido del celador.

En la calle, le estaban esperando únicamente sus padres junto a un taxi. Tras los abrazos y lloros, propios

de la situación, ante la comprensiva y discreta mirada del taxista, emprendieron el camino de regreso hacia su pueblo. Martín miró por última vez la cárcel donde había pasado veinte años de su vida. Y el recuerdo de Marta le empañó los ojos. Allí dentro, a su manera, había sido muy feliz, inmensamente feliz. Por primera vez habían convivido únicamente Marta y él.

La llegada de Martín al pueblo constituyó todo un acontecimiento. A los pocos minutos de bajarse del taxi que lo devolvía a su casa, comenzaron a pasar los vecinos a saludarle. Martín los recibía con amabilidad y cortesía como podía esperarse. Pero en el fondo no sentía nada. Ni desdén ni agradecimiento. Nada. Poco a poco fueron retornando a sus recuerdos las sensaciones de antaño cuando vivía con Marta y la niña. El pueblo había cambiado bastante. Las calles estaban ahora asfaltadas, y en vez de un bar, ahora había cinco o seis. Habían remozado la plaza del ayuntamiento y las casas colindantes. La pensión donde trabajaba Marta lucía ahora un letrero luminoso que decía Pensión Cortés. Pasados unos días se hizo cargo de la carpintería, y debido a que en todos los años de su ausencia había practicado el oficio, e incluso adquirido nuevos conocimientos, se aventuró con la fabricación de muebles contra la opinión de su padre, y en pocos meses el negocio familiar comenzó a reflotar de la agonía en la que había caído desde que se lo llevaron preso. Su padre, vista la suficiencia que mostraba Martín, decidió con gran alegría de su mujer, hacerse a un lado y dejar todo en manos de su hijo. Además, los achaques de su salud ya no le permitían desarrollar su trabajo en condiciones, por lo que con la llegada de su hijo, la felicidad entró en aquella casa, y las cosas volvieron a ponerse en su sitio, a decir de su padre.

Habían pasado cinco años desde su puesta en libertad cuando recibió una carta del Ministerio de Justicia, en la que le comunicaban que quedaba zanjada su deuda con la sociedad al cumplirse el plazo de la condena. Martín cogió una carpeta marrón en la que tenía los documentos que le dieron cuando salió de la cárcel y colocó en ella la nueva carta. Acto seguido la arrojó al fuego del hogar, se sentó en la mecedora y contemplo estoico como ardía la carpeta y su contenido. Una vez que se hubo consumido por completo, cogió el atizador y revolvió las cenizas con las brasas, con lo que no quedó ni rastro de los papeles. En aquel instante, en el interior de Martín se había cerrado un capítulo y la parte de su vida que encerraba y representaba aquella carpeta, dejó de formar parte de sus recuerdos. En su alma y en su esencia, solo quedaba Marta, idealizada hasta lo imposible, y ahora solo quedaba esperar a que llegara el día en el que ella regresara a él, para terminar juntos su tránsito por esta vida.

En 1985 murió su padre. Los funerales se celebraron en la iglesia, a la que acudió todo el pueblo como era costumbre. El primer banco estaba ocupado por los familiares del difunto. En él se sentaron la viuda, Martín, y la familia de su padre. Cuando se estaban colocando, Martín, exigió que a su lado, se reservara un hueco.

— ¿Para qué quieres dejar este hueco, hijo?— preguntó su madre, sorprendida.

— Para Marta. Por si llega a tiempo. — dijo Martín sin inmutarse, dejando a su madre helada, y a los que habían oído la respuesta.

— ¿Marta? ¿Marta, va a venir?— pregunto su madre

— No lo sé, mama. Es solo por si acaso— dijo

La entrada del sacerdote oficiante cortó la conversación, pero el llanto de su madre, que todos

suponían por la pérdida del marido, tenía otra causa que ninguno podía sospechar. Una vez procedido al sepelio y ya en la tranquilidad del hogar, la madre de Martín, que no había parado de llorar, se dirigió a su hijo.

— Martín, eso que me has dicho en la Iglesia, ¿a qué se ha debido?

— ¿Te refieres a lo de Marta?—

— Si hijo sí. A lo de Marta— contesto su madre, con cara seria, y por primera vez en todo el día, sin rastro de lágrimas.

— Pues que va a ser. Lo que te dije. Marta va a volver un día de estos. Me lo dijo en su carta.

— ¿Que carta?—

— La que me escribió después de marcharse. Se ve que en el pueblo le hicisteis la vida imposible.— dijo en un tono agrio.

— ¿Tú la defiendes Martín?—

La expresión de la cara que puso Martín, aterró a su pobre madre. No solo lo afirmaba, sino que en su expresión iba más allá: culpaba al pueblo de su marcha.

— La odiaban por su manera de ser, por su belleza...por todo. Y no pudieron soportar que me eligiera a mí. ¡Un patán!, decían, pero me prefirió a mí.— Martín estaba fuera de sí— ¡Si, ellos son los culpables! ¡Malditos sean mil veces!— dijo hundiendo su cara entre sus manos, mientras sollozaba inconsolablemente.

— Hijo mío, lloras por una mujer que te ha hecho un daño inmenso— Ella se arrepintió al instante de lo que había dicho. Martín se incorporó como movido por un resorte, con tal violencia, que la silla salió desplazada hacia la pared, donde se estrelló, lanzó una mirada de odio hacia su madre y salió de la habitación dando un portazo.

Desde entonces las relaciones madre e hijo se deterioraron profundamente con gran dolor para la

mujer. Poco a poco, la demencia de Martín fue agravándose hasta el punto de poner un plato para Marta en la mesa. Su madre a la vista de aquel comportamiento habló con el cura, y este con el médico, quienes empezaron a observar a Martín, haciéndole visitas a su casa como al taller para observar sus reacciones y el progreso de la demencia que parecía haber hecho presa en él. Comenzó a ir a la estación de tren, con la esperanza de que en uno de ellos, bajase Marta. A finales de 1989, falleció su madre, consumida por el dolor de ver a su hijo en aquel estado. A partir de entonces, la enfermedad de Martín le hacía mantener conversaciones con Marta incluso en la calle, en la tienda o en la carpintería. Por prescripción médica, fue ingresado en un hospital psiquiátrico de la capital, donde estuvo un año sometido a tratamiento. Cuando se consideró que había superado su demencia, fue devuelto al pueblo e ingresado en la Residencia de Ancianos. Tenía 65 años.

Capítulo IX

Año 1996

Oscar solía jugar con otros residentes unas partidas al dominó antes de irse a acostar. Al contrario que Martín, quien solía recogerse temprano, Oscar gustaba de alargar la sobremesa de la cena, a veces hasta entrada la madrugada. Lector empedernido, leía todo lo que caía en sus manos incluidos los prospectos de medicina que se los leía de cabo a rabo. De memoria prodigiosa, guardaba en su interior una enorme cantidad de conocimientos sobre muy diferentes materias. Su afán por aprender era constante. Debido a que sus padres lo mantuvieron junto a ellos durante toda su vida, impidiéndole hasta el más pequeño de sus deseos, sus ansias por conocer mundo se habían convertido en una obsesión enfermiza. Como no le permitieron conocer lo que había más allá de los límites del pueblo, decidió conocerlo por medio de libros y revistas. Su favorita era *National Geographic*, en su versión en español, que por la amplia temática que abordaba era ideal para una persona que como él, estaba ávida de conocimientos de todo tipo.

Todos los días, antes de acostarse, pasaba por su casa, cerrada desde la muerte de sus padres y su posterior ingreso en la Residencia. No dejaba de pasar un solo día, incluidos los festivos, lloviera o granizara. Según les comentaba a sus contertulios de Residencia, tenía que cuidar de sus padres, muy mayores ya. Como todos conocían la triste realidad de Oscar, le seguían la corriente no sin dejar de sentir lástima por él, pues era una persona educada, agradable y al que consideraban el

más ilustrado de todo el pueblo, como podía comprobarse en las tertulias que de vez en cuando se organizaban en el centro y en las que él intervenía de forma muy activa. Cuando ello ocurría, el número de oidores que rodeaba a los tertulianos aumentaba considerablemente, pues sus acertados comentarios eran muy esperados y celebrados ya que la mayoría de las veces constituían en ingeniosas réplicas y agudas exposiciones. A veces, cuando alguien nuevo en la Residencia y desconocedor de la situación, le preguntaba por qué iba a unas horas tan tardías a visitar a sus padres, le contestaba que no se acostaban hasta que él llegaba, les preparara la cama y les hacía la comida del día siguiente. Normalmente, el que preguntaba se quedaba extrañado por la respuesta, pero los gestos y miradas que veía en los que los rodeaban, le ponían en guardia, frenando en seco las preguntas sobre la cuestión. Más tarde los demás le informaban debidamente y todo quedaba en pura anécdota. En cualquier caso, Oscar contestaba con toda corrección y sin demostrar inconveniencia ni incomodo.

Durante sus años de juventud siempre mostró sus deseos de ir a estudiar una carrera a la Universidad. Pero en todas las ocasiones sus padres se opusieron a ello. No era un problema económico, pues el negocio les iba bien, muy bien. Trabajaban casi de sol a sol, sin un horario establecido y su establecimiento era una referencia dentro del pueblo. Lo que no hubiera allí, difícilmente podrían encontrarse en otro sitio. Era más bien, la obsesión enfermiza de tenerlo siempre a su vera, a su lado, donde según ellos, jamás podría ocurrirle nada malo. Fuera de allí solo había peligro, donde muchachos como él corrían un gran peligro de perderse. Oscar discutía acaloradamente con ellos sobre aquellos infundios que tenían como ciertos a pies juntillas. Y

nunca le permitieron creer en la posibilidad de salir algún día. Esa obsesión, ante la que poco podía hacer, se le fue incrustando en su alma y luego, conforme fueron pasando los años y la imposibilidad de salir se fue haciendo más cierta, enfermó su mente y empezó a desvariar. Sin embargo, por su actitud con los demás incluidos sus padres, absolutamente correcta incluso afable, nadie podía imaginar que su mente estuviera enferma, gravemente enferma. Se sentía acorralado como un jabalí acosado por una jauría de perros, y al igual que él, se convirtió, sin que nadie lo advirtiera, en un ser muy peligroso.

Aquella noche, fría como pocas, también fue a su casa. Abrió la puerta y encendió las luces, tras lo cual cerró la puerta de la calle.

— Ya estoy aquí, perros— dijo en un tono de voz ronco, que nadie en este mundo conocía.

— ¿Creáis que me había olvidado de vosotros?— dijo, mientras se dirigía hacia la pequeña y recogida habitación en la que estaba el comedor, lugar en el que fueron encontrados muertos sus padres.

— Ah, estáis aquí— dijo dirigiéndose a las dos mecedoras vacías.

— Parece que hace frío aquí, ¿no os parece? Pero no paséis pena, voy a cerrar bien las ventanas para que no pase ni un átomo de aire. Y también voy a encender este brasero, con llama bien viva para que caliente rápidamente. Y para que no se escape nada de calor, taparé también la rendija de debajo de la puerta. Vais a estar bien calentitos.

Oscar procedió a encender el brasero echando abundante carbón vegetal hasta que una viva y brillante llama comenzó a emitir sus ardientes y calurosos rayos.

Luego se sentó a horcajadas con el respaldo por delante, en una silla situada frente a las dos mecedoras.

— Me hundisteis la vida mientras la tuve. Abortasteis todas mis ilusiones y ansias de juventud. Impedisteis que estudiara y que me relacionara con otras personas alejadas de este inmundo pueblo. Siempre a vuestro lado, a vuestro servicio. No podía mirar ni siquiera a una mujer. Vuestros planes conmigo eran tenerme siempre debajo de vuestras faldas, como un esclavo, al que alimentabais para que mi cuerpo rebosara salud, eso sí, pero asesinasteis vilmente mi vida interior, mi vida como persona. Ahora soy un viejo, un achacoso anciano, al que le quedan contados días de vida, pero al que no pudisteis extinguir la llama que ardía en lo más profundo de mi interior: mis ansias de abandonar este pueblo y ver con mis propios ojos la realidad del mundo y sus fascinantes facetas y retos. Por eso decidí que debíais abandonar este mundo, para que yo, una vez liberado de vosotros, pudiera conocerlo. Era una cuestión de supervivencia: o vosotros o yo. Por eso decidí eliminaros. Y qué mejor manera que el monóxido de carbono. Si ya sé que no sabéis lo que es eso. Tampoco importa nada. Un brasero de llama viva y abundante, lugar pequeño, e imposibilidad de entrada de oxígeno. Un plan perfecto. Y perfecto salió el plan. He recuperado mi libertad.— guardó un momento de silencio, mirando las llamas del brasero.

— Como habréis podido suponer, tampoco os voy a hacer la cena. Los muertos no comen. Ni tampoco padecen frío ni calor. Eso solo lo sentimos los vivos. Pero no os engaños. Os tengo vivos en mi cabeza, y me las vais a pagar todos los días de lo que me quede de vida. Yo no olvido y tampoco perdono. Todos los días me vengaré de vosotros, de vuestro recuerdo. El otro día me dijeron que habían robado vuestras lápidas del cementerio. ¡Idiotas!. ¡Fui yo, y así se quedarán por el resto de los

tiempos! No merecéis que vuestros nombres figuren ni siquiera entre los muertos. Tampoco figurará el mío.

Oscar lloraba en silencio. Porque en silencio se había dirigido a sus padres. El silencio. El lenguaje de los muertos. Y allí todos estaban muertos. Movía la cabeza como lamentando que a pesar de su venganza y su odio, eso no le devolvería la vida añorada, pues su vida ya había pasado. Pasado un rato, apagó el fuego del brasero, echó una última mirada a las inmóviles mecedoras, abrió la puerta de la calle, salió, cerró con llave y se dirigió de nuevo a la Residencia. Serían las 11 de la noche. Seguía haciendo mucho frío, quizá más, el cielo estaba despejado y las estrellas brillaban en todo lo alto. Absolutamente inmutables.

Capítulo X

Año 1996

Faltaban quince días para que Mauricio pasara a formar parte de las clases pasivas, es decir, un jubilado más. Aquel día todo parecía ir mal. Era como una rebelión de los elementos que protestaban por su ya inminente jubilación. Comenzó el día con una rotura de una tubería que inundó los lavabos. Varias válvulas propiciaron fugas de líquidos, y en alguna se rompió la manivela. Hasta se fundieron varias bombillas con un estrépito ensordecedor. Subir y bajar, agacharse y levantarse varias decenas de veces, obligado a trabajar en mil posturas incómodas, arrodillado y medio torsionado debajo de unas tuberías situadas en uno de los reservados de los lavabos, había literalmente molido su ya achacoso cuerpo, el cual ya no asimilaba tan bien estos ajetreos como cuando era joven. Cuando pudo por fin, dar por concluida la jornada, se marchó para su casa con la única idea de meterse en la cama y no levantarse hasta el día siguiente. Sin embargo, una vez que dejó caer su cuerpo en el sillón, y se sirvió una cerveza fresca junto con un poco de queso, se recuperó un poco, y se animó a dar cuenta del resto de su frugal cena, consistente en dos melocotones y su habitual vaso de leche con cola— cao. Mientras comía, veía la televisión donde proyectaban una película titulada *Atraco a las tres*, donde actuaba José Luis López Vázquez, actor favorito de Mauricio. En la película se narraban las peripecias de un grupo de empleados de banca molestos con la dirección por una serie de vejaciones. Uno de ellos, harto de tanto maltrato y con ánimo de venganza, maquina un plan para efectuar

el robo del dinero de la caja. El plan era muy minucioso, y en su puesta en práctica se producían numerosas situaciones cómicas y absurdas, que finalmente fracasaban porque en un momento dado irrumpían unos ladrones profesionales que fueron los que realmente se llevaban el dinero. Mauricio se reía de buena gana, cuando de repente, una idea le vino a la cabeza. Primero la rechazó por descabellada. Pero la idea seguía allí, insistente, incordiosa. ¿Y si él se atreviera? Poco a poco su mente se dejó seducir por el placer de realizar algo prohibido, y en ella se fue desarrollando un plan casi sin querer, tal y como había hecho su idolatrado López Vázquez.

Conforme iba elaborando el plan, su corazón se aceleraba. Comenzó a darse cuenta de que todas las circunstancias, actuales y venideras favorecían el proyecto que estaba empezando a tomar forma en su cabeza. Sin embargo, empezó a sentir la quemazón y el runrún de su conciencia. Aquello era robar. Sin paliativos ni paños calientes. No estaba bien lo que estaba pensando. Pero la tercera ley de Newton, dice que a toda acción se opone una reacción. Y a la bondad la maldad. Y a la decencia la indecencia. Y como todos los humanos decentes, también tienen su dosis de indecencia, pues como no, ésta comenzó a actuar en el interior del alma de Mauricio, ocasionándole un dilema moral. Así es que su parte indecente comenzó aplicando su táctica favorita, que no era otra que exponer razones *irrefutables* junto con la respuesta adecuada en favor del lado malévolo: ¿Y por qué no? Toda una vida trabajando para encontrarte al final de tus días con una mísera paga, que lo único que te garantiza era no morir de hambre en quince días, sino tras una larga agonía. ¿No estaba la sociedad en deuda con él? Después de cuarenta años trabajando, fijo. ¿Había escatimado algún esfuerzo por la empresa a la

hora de dedicarle las horas que fueran necesarias? No. ¿No le había ahorrado al Centro un montón de dinero, realizando trabajos que no le correspondían? Por supuesto. ¿Se merecía el trato que estaba recibiendo por parte del Director, ese advenedizo? No y mil veces no.

Y así anduvo un buen rato, dándose razones para justificar, lo que en el fondo sabía injustificable. Pero la condición humana es compleja y nos debatimos siempre entre dos situaciones antagónicas que martirizan dolorosamente nuestros espíritus obligándonos a elegir entre una u otra. Y había elegido.

La minuciosa realización del plan le quitaba el sueño, los nervios le atenazaban y oprimían el estómago y se estaba volviendo un poco neurótico. Tenía la sensación de que todo el mundo que se cruzaba con él, ya fuera en la calle o en el Instituto, nada más verle, adivinaban lo que estaba tramando porque lo llevaba escrito en la cara. Por ello, comenzó a esquivar a todo el mundo, o mirar para otro lado cuando veía a alguien conocido. Se encerraba en su Cuarto de Calderas con la excusa de realizar pequeñas reparaciones pendientes, *ahora que se iba a ir*.

Trabajando junto al banco metálico, su mente le transportaba unos centímetros por debajo del suelo que pisaba sintiendo una gran curiosidad por el contenido de la bolsa que se encontraba a sus pies. Esperaba que con lo que contuviera, por lo menos le permitiera vivir un par de años. Con cien mil pesetas, se consideraría un millonario. Con eso bien administrado y su pensión, tal vez podría llevar una vida un poco más agradable además de poder permitirse algún pequeño capricho. Con aquella urdimbre dentro de su cerebro, era incapaz de concentrarse en el trabajo que estaba realizando. Aquel

motor eléctrico que tenía entre sus manos, lo había montado y desmontado varias veces y cada vez le sobraba una pieza diferente. Para calmarse, comenzó a auto—convencerse de que a última hora no lo haría, por lo que era absurdo tener temores sobre las repercusiones de una acción que no llevaría a cabo. Sin embargo, cuando llegaba a su casa, sacaba una carpeta que había escondido en el fondo de una alacena y volvía a leer y releer los detalles del golpe. Utilizaría guantes para evitar dejar huellas en la bolsa cuando la tomara para sacar el dinero, pero, y esto era importante, como había visto en alguna película, no debía borrar las que hubiera, pues eso sería lo normal trabajando él allí. Así es que los utilizaría solo para manipular la bolsa. El plan era perfecto, no tenía fisuras. Sería de bobos no realizarlo. Faltaba una semana para el último día de su vida como trabajador, y le pareció un buen augurio el hecho de que cayese en viernes, un buen día para hacerlo. Máxime, sabiendo que el Director ese día, no aparecería por el Centro. De esa forma, hasta el lunes no echarían en falta el dinero. Con el botín en su poder, cogería el tren con dirección a la costa y desde la estación sacaría un billete hasta el pueblo que le vio nacer. Una vez allí, recordaba intrincados lugares donde escondería el dinero. Llevaría una vida normal y tranquila sin estridencias para no llamar la atención. Domiciliaría la pensión en un Banco o Caja y cuando la policía lo localizara, eso lo daba por seguro, llevando la vida que pensaba llevar, al no encontrarle el dinero, pronto se olvidarían de él. Y así pasaba los días, dándole vueltas y vueltas al asunto, hasta que llegó al día, el gran día, que despertó sobresaltado y envuelto en sudor, presa de una gran excitación y dominado por los nervios que le atenazaban el estómago.

Capítulo XI

Año 1996

Mauricio se dirigió hacia su centro de trabajo llevando una pequeña maleta forrada con tela a cuadros y protegidas las esquinas con cantoneras metálicas pintadas de marrón. Cuando entró en el centro, se encontró con algunos padres y madres que conocían el hecho de su jubilación, conocedores de que aquel era el último día de trabajo, quienes se despidieron de él deseándole suerte en su nueva vida. Tuvo que dar y recibir, entre sonrisas y abrazos, numerosas felicitaciones y deseos de felicidad, a la vez que tuvo que explicar repetidas veces sus planes para su nueva vida. Cuando, por fin pudo, entrar en el edificio, le tocó el turno a los profesores, llegando a emocionarlo en algún momento. Mil encontrados sentimientos rondaban por su cabeza, y multitud de variadas situaciones vividas acudían a sus recuerdos: buenos y malos momentos, anécdotas y chuscos sucesos acaecidos durante su larga vida laboral. Pero aguantó el chaparrón como pudo, cuando ya finalmente pudo dirigirse a su Cuarto de Calderas.

Cuando estaba ante la puerta, metió la llave y la giró, quedando la puerta libre para ser abierta. Y sin saber por qué, sintió en aquel momento un indescriptible e irracional deseo de hacerlo. Miro a izquierda y derecha, y esperó dos o tres segundos, conteniendo la respiración, para cerciorarse de que estaba solo y no había nadie en las cercanías.

— ¡Ábrete sésamo!— dijo en voz baja y una sonrisa de oreja a oreja. Y es que de repente, había asociado aquella puerta con la roca que cerraba el paso a la montaña donde los ladrones guardaban el tesoro, y había sentido unos deseos irrefrenables de gritar la famosa frase del cuento de niños. Ni que decir tiene con quien identificaba a los ladrones del cuento.

Entró dentro y dejó la maleta sobre su mesa. El dinero lo cogería minutos antes de marchar. Mientras tanto ni se acercaría. Haría su trabajo normal, comería, haría su ronda y hablaría con los profesores sobre sus proyectos tras el fin de su vida laboral. Lo que no haría sería hablarles sobre sus planes de marcharse a su pueblo natal. Durante los días precedentes, se había informado sobre los horarios y trenes que pensaba tomar. El sábado, es decir, al día siguiente, a las seis de la tarde tenía la hora de salida y llegaba tres horas más tarde a su destino. Luego, dormiría en una pensión cercana a la estación y al día siguiente, de mañana, recorrería su pueblo donde esperaba encontrar alguna pequeña casa para alquilar. Lamentaba no haber caído antes en ello, pues podría haber realizado el viaje algún fin de semana, para comprobar *in situ*, la situación. Podía, incluso, haber alquilado la casa, si hubiera habido alguna disponible.

El día fue pasando sin incidentes y todo fue transcurriendo tal y como lo había pensado. A las cinco, una vez que los alumnos hubieron abandonando ruidosamente el centro, los profesores le llamaron para que acudiera a la Sala de Profesores donde le recibieron con aplausos y le hicieron entrega de una placa de recuerdo que le costaron algunas lágrimas. Y como una cosa lleva a la otra, la emoción, el intercambio de epítetos amables, la copita de vino acompañada de un tentempié,

unas palabras de agradecimiento, y sin querer, les contó que no quería decir, que pensaba retirarse a su pueblo marinero, lo que causó gran asombro, pues no se imaginaban que Mauricio hubiera nacido en un pueblo de pescadores. Se arrepintió al instante pero ya era tarde. Luego pensó que tampoco era tan grave el desliz. Mejor, se dijo a sí mismo. Así verán que no oculto nada. Tras la despedida, también los profesores fueron desfilando, tras estrechar su mano y desearle suerte en el futuro. En el Instituto ya solo quedaban él y las señoras de la limpieza que hacían su habitual recorrido por aulas y pasillos fregando y escobando. Cuando faltaba media hora para que fueran las ocho, su hora de salida, se dirigió a su Cuarto de Calderas. Había llegado la hora. Las manos le sudaban y le temblaban cuando abrió la puerta. De forma instintiva, miró a izquierda y derecha y entró dentro.

Lo primero que hizo fue sentarse en la silla frente a la mesa y abrir una vez más los cajones. Era un acto reflejo para comprobar una vez más que no se dejaba nada que le importara y de paso, dejar que pasaran unos segundos más. En ellos no había ya nada, tan solo el llavero con las numerosas llaves que utilizaba para acceder a las diversas zonas del Centro. Durante los días previos había ido llevándose las cosas que eran suyas: herramientas, un transistor, unos auriculares y unas libretas donde iba anotando planos e instrucciones de montaje y desmontaje de algunos de los elementos de las calderas, así como una lista de mantenimiento distribuida por semanas, con el fin de tener controlados todos los elementos importantes del centro sin depender de la memoria que a veces nos juega malas pasadas.

— El que venga detrás, que arree— dijo en voz alta.

— Que se las apañe como pueda, lo mismo que he hecho yo durante estos cuarenta años.

Abrió la maleta, y puso en ella la placa que le habían regalado. Sacó de ella unos guantes que enfundó en sus manos dirigiéndose a la puerta del Cuarto de Calderas y cerrándola por dentro. Luego, con gran cuidado, procurando no hacer ruido, corrió el banco de hierro dejando al descubierto la trampilla. Tiró de su argolla para levantarla, dejándola a un lado. Vio como el trocito de papel que el director había puesto como señal, caía al fondo del zulo sin que ello le importara. A modo de ejercicio de estiramientos, movió rápidamente los dedos de las manos antes de introducir una de ellas por el hueco buscando la tan ansiada bolsa.

— ¿Mira que si ya no está?— pensó, mientras sentía en las sienes los palpitos de su corazón.

Su mano tropezó con algo blando que supuso era la bolsa. La asió fuertemente y tiro de ella hasta sacarla de su escondite. Parecía que abultaba más que la vez que el Director la tuvo en sus manos. Casi sin respirar, y con la bolsa en la mano, volcó allí mismo su contenido, sobre el suelo. Delante de sus narices, tras un rápido recuento mental, diez paquetes de billetes de mil pesetas. Tras otro trepidante cálculo, determinó que delante de él había ¡un millón de pesetas! Temblando con todo su cuerpo, dudo por un instante seguir adelante. Aquello eran palabras mayores. Pero el solo recuerdo del director abroncándole, difuminó sus ideas de abandono. Cogió la maleta y la puso al lado de los billetes. Paquete a paquete los fue colocando uno al lado de otro hasta formar una tupida y uniforme capa de billetes verdes. En el suelo quedó una libreta de tapas negras. La cogió y abriéndola se dispuso a echarle una ojeada. Se trataba claramente de una lista con varias filas y en cada una de ellas una fecha, unas iniciales escritas en letras mayúsculas y un importe. Debajo de la columna de estos, una raya horizontal y una suma: cuatrocientas treinta y cinco mil pesetas. La letra

de quien había escrito aquellas anotaciones, era inconfundible: la del director. No comprendía su significado, ni era el momento para ponerse a pensar en ello. Decidió quedarse también con la libreta, metiéndola junto con el dinero. La maleta presentaba un aspecto imponente con los fajos de billetes ordenadamente colocados que ajustaban perfectamente en las dimensiones de la maleta.

— Ni hecha para esto— pensó Mauricio, al ver lo perfectamente que encajaban los paquetes en ella.

Con una tranquilidad y una frialdad que no hubiera imaginado, fue ejecutando los detalles del minucioso plan. Cerró la maleta la limpió y la dejó sobre la mesa. Luego recogió la bolsa y la metió donde la había encontrado, solo que ahora mucho más ligera. Puso la trampa en su lugar, dudando durante un segundo si poner el papel o no. Decidió no ponerlo porque eso no conducía a nada. Luego movió el banco metálico cerciorándose de que todo estaba correcto. A partir de aquí, debía actuar sin guantes. Se los quitó y los introdujo en la maleta. La primera parte del plan ya estaba ejecutada. Se acercó a la puerta y escuchó con atención por unos momentos. No se oía ni una mosca. Abrió la puerta con la llave y salió al pasillo. Cuando la iba a cerrar, se acordó de las palabras del director, cuando le llamó inútil por dejarse la puerta abierta, y él estaba de testigo oculto. Y de pronto se le ocurrió otra idea. Dejaría la puerta abierta, con las llaves colgando de la cerradura. ¡El inútil atacaba de nuevo!

Se alejó de allí con la sensación de haber dejado una sutil marca de autor, aunque sería de un autor desconocido, un anónimo, que es como se sentía él cuando hablaba con el director. Se dirigió hacia la puerta de salida a la calle con su maleta y su andar tranquilo. En su camino se encontró con una de las señoras de la

limpieza, quien le felicitó por tener la suerte de poder jubilarse, y tras el correspondiente abrazo y emocionadas palabras, abandonaba por última vez el lugar donde había pasado felizmente cuarenta años de su vida, haciendo la salvedad de los dos últimos.

Ya en la calle, con su maleta en la mano, asida con tal fuerza que se hacía hasta daño, se dirigió a su casa con una inexplicable sonrisa en su cara, al borde de la carcajada. Al día siguiente, sábado, tomó el tren de las seis de la tarde con destino al futuro, o al menos así lo veía él. Como precaución, pago a la propietaria del piso en el que vivía alquilado dos mensualidades comunicándole que se iba de vacaciones para celebrar su jubilación. Si todo salía bien, y una vez instalado en su pueblo, volvería para devolver a la dueña las llaves del piso.

Al día siguiente, hora y media antes de la hora de salida, Mauricio deambulaba por las enormes salas de espera de la estación. Tenía ganas de llegar a su pueblo para comenzar una nueva rutina, ya que el ajetreo que llevaba en los últimos días, notaba como lo iba agotando. Necesitaba empezar de nuevo y establecer un nuevo orden en su vida. El tren, cosa extraña, llegó con gran puntualidad subiendo al vagón que le indicó un mozo de andén, instalándose en el compartimento que correspondía con el número que llevaba en el billete.

Llevaban media hora de trayecto, cuando el Revisor hizo su aparición en el compartimento donde iba Mauricio junto a otros viajeros, para comunicarles que debido a un accidente, el tren tendría que detenerse durante un tiempo indefinido en la siguiente estación.

— ¡Vaya por Dios! ¡Qué casualidad!— pensó mirando subrepticamente su maleta situada en el porta maletas.

Quince minutos más tarde, el tren se detenía en una estación, donde curiosamente, dos personas estaban sentadas en uno de los bancos del andén. Como la cosa iba para largo, según les informaron, los pasajeros decidieron bajar a estirar las piernas. Mauricio pensó que le iría bien un poco de aire y un paseo. Cogió su maleta y bajo con ella al andén. Después de un buen rato de ir paseando de arriba a abajo, se sintió agotado, sentándose en un banco junto a un hombre que portaba una maleta igual que la suya. No comentaron nada, porque aquel hombre, ni siquiera le había respondido a su saludo. Parecía extremadamente atento a todo lo que sucedía por el andén. Allí sentado y abstrayéndose de su contorno dejó ir a su mente libremente. A su cabeza acudieron prestos los momentos en los que estaba realizando el robo del dinero. Se imaginaba la cara del director cuando el lunes fuera a la bolsa a meter o sacar dinero y se encontrara con que la saca estaba vacía. Se lo imaginaba, primero rojo de ira y luego blanco de pánico. Una sonrisa de triunfo afloró a su cara. De nuevo, una serie de epítetos a cual más desagradable dirigidos a su director subieron hasta su boca, pero sin salir al exterior. Con aquel dinero bien escondido y administrado, pensaba llevar una vida tranquila, sin pesares ni sinsabores. Su idea era adquirir una pequeña barca para salir a la mar los días de bonanza, y entretenerse en sacar del mar su cena o comida.

De repente, un agudo pitido procedente del silbato del Revisor resonó con fuerza en la estación llamando la atención de los pasajeros. Estaba subido a la plataforma de un vagón, y reclamaba la atención de los viajeros. Una vez conseguido, y acalladas las voces, les comunicó la inmediata salida del tren, una vez resueltos los problemas. Los dos hombres, se pusieron en pie como

movidos por un resorte. Cogieron sus maletas y emprendieron el movimiento en sentidos opuestos.

Capítulo XII

Año 1996

La noticia del incendio provocado por un accidente producido por dos camiones sobre las vías del tren, le llegó a Carlos por el teléfono que tenía en su oficina. Ello implicaba que el tren de las siete, tendría que detenerse en la estación por un tiempo indeterminado. Como consecuencia de ello, su horario de trabajo se vería alargado indefinidamente hasta el momento en que el tren pudiera continuar su camino, que muy bien podría ser de madrugada. Faltaba todavía una hora para que el tren llegase a su estación. Cerró la oficina para ir hasta su casa y pedir a su mujer que le preparara la cena y se la llevara a la estación cuando la tuviera. A cambio, su mujer obtuvo de él, la promesa de que si se terminaba todo a una hora prudente, se irían a dar una vuelta, pues ya era verano y apetecía pasear por las noches al abrigo de los rayos solares. Cuando abandonaba la estación, vio al final del camino que conducía a ella, las figuras de dos hombres, uno de ellos portando una maleta, que se dirigían lentamente a su diaria cita con el tren que no paraba nunca.

— Hombre, hoy van a tener suerte— dijo.

En un primer momento, pensó en esperarles para comentarles la nueva, pero luego cambió de pensamiento, y decidió que la sorpresa fuera completa, por lo que siguió el camino hacia su casa sin decirles nada. Martín y Oscar se acercaban hablando con paso tranquilo. Oscar portaba su pequeña maleta, forrada de tela a cuadros, verdes y rojos, con ocho cantoneras de

chapa pintadas de marrón, protegiendo las esquinas. Era una maleta antigua, que ya utilizaban a sus padres, pero para lo que tenía que llevar era más que suficiente. Con paso cansino entraron en la estación dirigiéndose al andén donde se sentaron en el banco de costumbre. Les extrañó no ver a Carlos, quien siempre les saludaba desde la puerta de su oficina, pero dedujeron que estaría haciendo la ronda.

Ya eran casi las siete, cuando oyeron el silbato del tren. Ambos hombres callaron y centraron su atención en un punto en la distancia por el que asomaba el tren enfocando su entrada en la estación. Después de tantos días de espera, sabían exactamente el tiempo que transcurría desde que se oía el silbato hasta que aparecía en lontananza la oronda cara de la máquina del tren. Pero el tiempo pasaba y el tren no aparecía, señal inequívoca de que iba más despacio. Ambos se miraron y en sus ojos asomó un intenso brillo de esperanza, ¿sería hoy, por fin?, pensaron. De pronto, la amarilla faz del tren asomó su figura en la lejanía y en efecto, su velocidad no era la misma.

— ¡Va a parar!— dijo casi gritando Oscar, observado desde la puerta de su oficina por el recién llegado Carlos, casi emocionado, adivinando lo que estaría pasando por las cabezas de aquellos pobres locos.

Los dos se levantaron del banco al unísono, como movidos por un resorte, animados sus rostros de una expresión que desde hacía años desconocían, acelerados por los latidos de unos corazones que latían a toda velocidad y potencia. El tren fue recorriendo la distancia hasta el andén de la estación lentamente, ignorantes todos los que iban en él, de las sensaciones que estaban experimentando en su interior aquel par de abuelos que esperaban en el andén.

Finalmente el tren se detuvo en la estación bajo el estruendo de los chirridos de las ruedas y los bufidos de los sistemas hidráulicos. Martín miraba a todos los lados sin saber a ciencia cierta donde mirar. A Oscar le ocurría otro tanto. Esperaba que aquel tren detuviera definitivamente su marcha y abriera sus puertas para subirse a él. Dentro, los pasajeros miraban al exterior donde pudieron ver a un par de ancianos que parecían buscar a alguien. Las puertas de los vagones del tren se fueron abriendo poco a poco, y de él se apearon unos empleados del ferrocarril que hablaron con Carlos que esperaba en el andén, recordando sus buenos tiempos de Jefe de Estación, al que saludaron cariñosamente.

Tras ellos, comenzaron a bajar los pasajeros poco a poco y pasados unos minutos la mayoría de ellos deambulaban por el andén de la estación en animadas conversaciones, fumando y riendo, o adquiriendo algún bocadillo o bebida del improvisado bar instalado en el mismo andén. El revisor les había informado que estarían detenidos aproximadamente hora y media, y que durante este periodo de tiempo, podrían apearse del tren, pero sin abandonar la estación, por si el servicio podía reanudarse antes.

Carlos miraba risueño aquella multitud de pasajeros que le recordaba a aquellos años en los que su estación gozaba de gran tránsito y siempre estaba llena de gente, unos que venían a recibir pasajeros que venían y otros a despedir a los que se marchaban. Se emocionó al recordar aquellos tiempos, viéndose firmes en su posición, con su gorra roja, en su mano un banderín verde en posición de atención para una vez que se había cerciorado que no había ningún pasajero tratando de subir o bajar al tren, emitir con su silbato un prolongado pitido a la vez que alzaba su mano con la bandera. Y

entonces, solo entonces, aquella mole de hierro emprendía su trayecto tras corresponder a su pitido con un toque de bocina.

El andén estaba repleto de personas que paseaban. Parecía una avenida a la hora de paseo. Martín, buscaba con su mirada los rostros de todas las mujeres que paseaban por el andén, buscando en sus facciones las de su recordada Marta. Las había altas y bajas, rubias y morenas, jóvenes y entradas en años, gruesas y estilizadas. No quedó ninguna sin que las facciones de sus rostros fueran analizadas por la febril mente de Martín. Y ninguna de ellas parecía coincidir con el ideal que buscaba.

En un lado del andén, pegado al edificio de la estación, el dueño del bar Avenida, había preparado un improvisado mostrador con tarimas y patas de hierro, cubierto por manteles de papel, donde había colocado bebidas frescas, frutas y bolsas de frutos secos y patatas fritas. Carlos le había avisado del suceso y rápidamente se había apresurado a montar un mostrador donde despachar bebidas y cerveza. Hasta su mujer se decidió a hacer unos bocadillos de tortilla de patata, embutido y chorizo frito. El éxito fue total. Casi todos los viajeros hicieron gasto. Aquel inesperado suceso les iba a resolver largamente la precariedad de ingresos de aquella semana. Al final, el mostrador quedó vacío de productos, adquiridos por los sedientos y hambrientos pasajeros.

El tiempo iba pasando, y Martín no daba con la persona que andaba buscando. No la encontraba en el andén, por lo que se decidió a recorrer el tren desde el exterior, mirando al interior desde el andén, por ver si en alguna de las mujeres que no hubieran bajado a la estación, podía reconocer las facciones de Marta. *Pero, si*

viniera en este tren, ¡hubiera bajado!, se dijo a sí mismo. No obstante su pesimismo, se decidió a realizar su ronda. Una vez terminada la inspección, el desánimo se apoderó de él volviéndose lentamente hacia su banco, sentándose en él. Unas lágrimas comenzaron a asomarle por los ojos mientras miraba desesperado a todas aquellas personas que desfilaban por delante de él, ignorantes de su tragedia. Por primera vez en muchos años, una idea que siempre había estado ahí, ignorada por decreto, comenzaba a imponerse en su cabeza: *Marta no va a volver... nunca*. Mientras tanto, Oscar había desaparecido. A Martín le pareció verlo al final del andén, paseando con su maleta, esperando el momento de subirse al tren de su destino.

Allí permaneció sentado, con la cabeza inclinada sobre el pecho, sumido en el más profundo de los desaires, siendo objeto de la curiosidad de los pasajeros que veían a un anciano sentado en el banco en una actitud que producía lástima.

Pasadas dos horas, un atiplado y prolongado sonido procedente del silbato de Carlos, atrajo la atención de los viajeros. El revisor, subido en lo alto de la escalinata de acceso a un vagón, informó a los pasajeros sobre la inmediata reanudación del viaje, pidiéndoles que comenzaran a subir a sus respectivos vagones y compartimentos para seguir su interrumpido camino hacia su destino. Tras unas alocadas carreras los viajeros van subiendo a los vagones, dejando desierto el andén de la estación. Momentos después el tren comenzó a despertar de su letargo venciendo la inercia del peso muerto, iniciando lentamente el movimiento y comenzando poco a poco a alejarse de la estación hasta perderse a la vista de la única persona que quedaban en

el andén, con la mirada fijada en la punta de sus zapatos: Martín.

Carlos, lo vio sentado en el banco, cabizbajo, abatido y sin la compañía de Oscar, preguntándose si a lo mejor éste se habría atrevido a subir a bordo del tren que se alejaba. No quiso atribularlo más y se marchó en busca de su mujer para dar el paseo prometido. Cuando ya llevaba unos minutos sentado en la soledad de la estación, Martín se levantó y abandonó la estación en dirección a la residencia.

Aquella noche, Matías, que hacía las veces de responsable de la Residencia durante el turno nocturno, realizaba como todas las noches al inicio de su actividad, la tarea del recuento de residentes. Sorprendentemente faltaba Oscar. Rápidamente, se dirigió hacia la habitación de Martín, quien estaba tendido en la cama, sobresaltándose cuando notó el golpe en la puerta de su habitación. Segundos después se abrió y entraba Matías, quien le preguntó por Oscar. Matías le informó que no lo había visto, y que él había vuelto solo a la residencia. Luego realizó un somero interrogatorio a los otros residentes y ninguno de ellos lo había visto desde la hora en que, como todos los días, se dirigía junto con Martín a la estación. Desde entonces, nadie lo había visto. Conocía aquella manía de aquel anciano de visitar dos veces al día la estación de tren, y se dispuso a ir a la misma, por si estuviera aún por allí, perdido o desorientado. Cuando llegó a la estación, ésta estaba completamente desierta, allí no había absolutamente nadie. Luego se dirigió a casa de Carlos, y éste le explicó que los había visto en la estación, pero que debido al accidente de unos camiones unos kilómetros más adelante, el tren de las siete, había tenido que parar en la estación. Le dijo que los vio

circular entre los viajeros, y que cuando él abandonó la estación para irse a casa vio a Martín solo. Y eso era todo.

— No me paré a hablar con él, porque lo vi muy apenado y no quise apesadumbrarlo más y además tenía prisa ya que mi mujer me esperaba para ir a dar una vuelta. Y lo de Oscar, pues es muy posible que se haya subido a ese tren, tal y como anhelaba. Es más, yo creo que es exactamente lo que ha ocurrido.

Preocupado ante la falta de concreción en las informaciones, Matías se fue a casa del Director, y juntos se presentaron en el cuartelillo de la Guardia Civil, a presentar la correspondiente denuncia por la desaparición de un interno.

Capítulo XIII

Año 1996

El director del Instituto, a pesar de ser sábado decidió pasarse por su despacho. Tenía algunas cosas que resolver y quería disponer de efectivo para unos pagos que tenía pendientes al contratista que estaba realizando las obras en el Instituto. Tras repasar los papeles que tenía encima de la mesa, abrió el cajón central y saco de él unas llaves que pertenecían al cuarto de calderas. Cuando salió de su despacho camino del cuarto, apreció el silencio que imperaba en el centro debido a la ausencia de actividad. Aquel remanso de tranquilidad le agradaba de sobremanera. Cuando dobló la esquina del pasillo, a cuyo fondo se encontraba el cuarto de calderas, pudo ver como la puerta del cuarto estaba abierta y con las llaves puestas.

— ¡Mauricio! ¡Otra vez la puerta abierta y encima con las llaves puestas! Menos mal que ya nos hemos librado de semejante inútil. ¡Y pretendía seguir trabajando!

Recordó que el lunes empezaría a trabajar su sobrino en el puesto de Mauricio. Pensaba leerle la cartilla para que trabajara según sus normas. Cuando llegó a la puerta, retiró las llaves y pasó dentro. Todo estaba en orden. En perfecto orden. En eso si que no podía hablar mal de Mauricio. Lo tenía todo perfectamente ordenado. Pero con la edad se había vuelto descuidado. Aunque no había nadie en todo el centro, cerró por dentro con llave. Retiró el banco, dejando al descubierto la trampilla que en tiempos había servido de registro para la llave de entrada del agua al edificio. Cuando se hizo la reforma y se amplió el cuarto de calderas para dar cabida a las nuevas instalaciones, aquel zulo quedó sin servicio. Y él había descubierto allí

un refugio seguro para guardar el dinero contante y sonante que manejaba con el fin de evitarse el pago del IVA de algunas facturas, mediante pago directo en efectivo sin factura.

Una vez descubierto el zulo, metió la mano en busca de la bolsa. Se dio cuenta en aquel momento que no había reparado en su tirilla de papel, pero el control ya era imposible ya que había abierto la trampa y el papel estaría en el fondo. En cuanto puso la mano encima de la bolsa, supo que algo no iba bien, y cuando tiró de ella hacia fuera, tuvo la absoluta certeza de que todo iba mal: la bolsa estaba completamente vacía!. Metió la cabeza dentro de la abertura y con el mechero iluminó el interior, por ver, sin esperanza de ver, si el dinero estaba en otro sitio. Pero no, no estaba. Se increpó a si mismo, por creer que iba a estar en otro sitio. Empezó a sudar y un escalofrío comenzó a recorrerle el cuerpo. Lentamente puso la trampa en su sitio y de forma mecánica puso el banco en su sitio. Luego, como un autómatas, cerró el cuarto y se dirigió a su despacho. Una vez allí, se derrumbó sobre su sillón de cuero.

— ¿Qué ha sucedido?— se preguntó, sabiendo la respuesta, pues su cabeza en realidad estaba calculando la auténtica dimensión del problema en el que estaba metido. Él había dispuesto de parte de aquel dinero para su uso personal. Calculaba en medio millón de pesetas lo que en los dos años que llevaba de director había sustraído de aquel fondo que mantenía con parte de los ingresos en efectivo de las mensualidades de los alumnos y de parte del dinero que sacaba del banco. En el saco tenía un millón de pesetas. Pero todavía le preocupaba más el libro que había junto al dinero y donde iba anotando las cantidades que retraía. Notaba la boca y la garganta completamente secas. Los latidos de su corazón habían aumentado considerablemente. Su mente

procesaba a toda velocidad sopesando posibilidades, historias y coartadas. Tras tomarse un tiempo para poner en orden sus ideas y pergeñar una historia creíble de lo acontecido y una vez que tuvo claro lo que iba a hacer, cogió el teléfono y llamó a la policía para denunciar el robo.

La policía se presentó a los pocos minutos. Iban de paisano y eran cinco personas. Una de ellas portaba un maletín que contenía todos los materiales y utensilios que utilizaban para extraer las huellas que los ladrones pudieran haber dejado en el escenario del robo. Los llevó al cuarto de calderas y una vez allí, comenzaron a tomar las huellas que había por todos los sitios. Luego, uno de los inspectores se encerró con él en su despacho, para interrogarle.

— Además de usted, ¿quién tenía conocimiento de la existencia de ese dinero?— preguntó el inspector

— Que yo sepa nadie. Cuando tenía necesidad de ello, me encerraba con llave dentro del cuarto— dijo el director.

— ¿Y qué cantidad calcula usted que había en la bolsa?— dijo el policía.

— Exactamente millón y medio de pesetas— dijo sin inmutarse

— ¿Tanto?— preguntó sorprendido el inspector, a quien ya empezaba a molestar el tono de las respuestas del director.

— Bueno... es que tenía que hacer unos pagos a la empresa que nos está construyendo una pista de hormigón y una fuente en el recreo.

— ¿Y le pagaba en efectivo? ¿Eso no se suele pagar por el banco?— preguntó intrigado el policía.

— Sí. Esa es la práctica normal. Pero verá, no es que me enorgullezca lo que le voy a decir, pero como administrador, debo maximizar todos los recursos, ¿sabe

usted? Pagando en dinero negro, me evito el IVA, y tal y como está hoy la situación, supone un dinero importante— dijo el director que en esos momentos prefería pasar por un tramposo que por un ladrón.

— Ya. Y Hacienda que se joda— dijo el inspector con mala cara, pues no era muy proclive a respetar a gente sin escrúpulos, y en aquellos momentos, aquel tío que tenía delante le parecía un sinvergüenza.

— ¿Quién tiene acceso a este cuarto? Es decir, quien tiene llaves para entrar— le preguntó un inspector.

— Pues además de yo mismo, el que se encarga del mantenimiento, que por cierto, se jubiló el viernes. Tenía instalado su centro de trabajo en ese cuarto de calderas donde realizaba las reparaciones pequeñas que no necesitaban ser realizadas *in situ*.— dijo

— ¿Ah? Nos dará su nombre y dirección para localizarle— dijo el inspector, a la vez que tomaba nota del nombre que le daba el director.

— Era muy descuidado. Incluso hoy cuando he llegado, me he encontrado la puerta abierta y las llaves en la cerradura— dijo con retintín.

— Las llaves, estaban por dentro o por fuera— preguntó en policía

— Por fuera—

— Ya. Y según usted, ¿cree que este empleado puede tener algún motivo para realizar una cosa así, digamos como venganza por alguna razón, qué se yo?— dijo

— Bueno. Unos días antes, me pidió que le permitiera seguir trabajando unas horas en el Centro para completar su pensión que al parecer, no era muy grande. Naturalmente, le tuve que decir que no.

— Naturalmente— dijo con ironía el policía— ¿Pero usted lo cree capaz de realizar el robo?— dijo

— Con sinceridad, no. No tenía muchas luces, ya me entiende. Lo suyo eran las tuercas, las tuberías y las

pequeñas reparaciones. En eso tenía maña.— dijo el director.

— ¿Y no podía haber encontrado por casualidad el dinero? Al fin y al cabo pasaba las horas trabajando allí— insistió

— Podría ser, pero no lo creo. Yo ponía unos pequeños trocitos de papel entre las rendijas de la tapa. Si se abría esta, los trozos de papel caían al fondo. Si alguien hubiera levantado aquella tapa yo lo hubiera sabido. Nunca pude apreciar que eso hubiera ocurrido. Hasta hoy, claro.—

— Muy ingenioso. Pero, ¿no le parece esa medida un poco ridícula?— dijo el inspector con sorna.

— ¿Por?

— Hombre evidente. ¿Para qué quiere usted saber si han abierto la trampilla momentos antes de constatar que le han robado? Si al menos, eso le proporcionara el nombre y apellidos del ladrón...— dijo con sorna el inspector, sin que el director denotase la ironía.

— Pues ahora que caigo, tiene usted razón. Lo vi en una película, y me pareció interesante...

— Ya. En una película— dijo el Inspector que definitivamente aquel tío le estaba cayendo bastante *gordo*.— — Bien. ¿Y alguien más que supiera de la existencia de ese dinero? Al fin y al cabo, quien cometiera ese robo parece que conocía su existencia y su ubicación con todo detalle.

— Nadie más. Claro está, que yo sepa.

— ¿Y los profesores? ¿Alguno no podría saber algo?—

— Posible, podría serlo, aunque muy improbable—

— ¿Y el secretario? ¿Conocía la existencia de ese dinero negro?— pregunto el inspector.

— No. Él no sabía nada—

— ¿Y cómo es posible? El cobraba mensualmente el importe de la matrícula de los alumnos. Bien tendría que

saber el destino del dinero.— preguntó mosqueado el Inspector.

— Pues no. Yo llevaba el dinero personalmente al banco y la contabilidad—

— En resumen, que solo usted manejaba la bolsa de dinero negro— resumió el inspector.

— Pues sí, así es.

— Pues eso, le deja a usted en una posición un poco delicada, ¿no le parece?

— Así es como usted dice, señor inspector. Seguramente, todo lo ocurrido, tendrá una explicación lógica y que yo soy incapaz de imaginar.

El inspector tomaba notas poniendo cara de extrañeza que iba en aumento conforme iba escuchando a su interlocutor. El director tuvo la sensación de que lo creía autor del robo, aunque si lo pensaba, no hizo el más mínimo comentario.

Una vez terminado el interrogatorio, al inspector le comunicaron la presencia de un profesor del centro que pasaba por allí y al ver varios coches de la policía, había entrado para saber lo que pasaba. Tras conversar con él, y preguntarle por el encargado del mantenimiento, obtuvo la información del lugar al que les había comunicado el propio Mauricio que se disponía a ir. Preguntado por su carácter, actitud y opinión en general, el profesor le explicó que tenía un agradable carácter y gran destreza resolviendo los múltiples problemas mecánicos y de todo tipo que se presentaban en el Centro. Además le confirmó que todo el profesorado sentía por él una gran estima ganada a lo largo y ancho de los cuarenta años que había prestado sus servicios al centro. No obstante, el Inspector dio orden de que se le localizara y se le interrogara, aunque no pensaba en el pobre jubilado como autor del robo, sino más bien,

pensaba en el atildado y odioso director, que encima ocultaba facturas para no pagar el IVA. Solo faltaba dar con la pista del dinero, y estaba convencido, que ella le llevaría a su sospechoso favorito.

Capítulo XIV

Año 1996

Mauricio había logrado subir al tren a trompicones empujado por todos los lados por otros viajeros que también querían subir, enfebrecidos por esa especie de ansia que se apodera de los viajeros cuando abordan un tren. Apretando la maleta contra su pecho, ocupó de nuevo su sitio en el departamento y la colocó en el porta equipajes. Tras unos momentos de ajeteo en el interior del tren, finalmente, la calma se rehízo y todo el mundo una vez aposentados en sus asientos, tornó a poner cara de aburrimento o directamente se durmieron en sus asientos. El resto del viaje transcurrió con normalidad, sin más incidencia que las dos horas perdidas en la solución del incidente que había provocado la detención del tren.

Cuando llegó a la estación de destino ya era noche cerrada. Preguntó a un mozo, de los que llevaban los equipajes de los viajeros hasta la parada de taxis, si conocía la existencia de alguna pensión cercana. Este lo encaminó hacia una, con la que había pactado una pequeña comisión por cada cliente derivado, dándole una tarjeta e indicándole con la mano un cartel luminoso que podía divisarse desde el lugar en el que estaban. Sin pérdida de tiempo se dirigió hacia ella. Estaba cansado y deseaba meterse en una cama para descansar. En la pensión le comunicaron que no había ni una sola habitación libre. Preguntó si habría otra pensión u hostel por las inmediaciones y le dijeron que no. Desolado, salió a la calle sin saber qué hacer. Tras pensarlo un poco

decidió pasar la noche en la Estación. La temperatura era muy agradable y tampoco le preocupaba mucho pasarse la noche en vela. Seguramente en una confortable cama tampoco hubiera podido conciliar el sueño. Tal era la excitación que se concentraba en su cuerpo, similar a la haber tomado varios litros de café para mantenerlo despierto.

— Un gasto menos— pensó— además en las estaciones grandes como aquella siempre hay gente deambulando. No creo que me aburra.

Decidido, se dirigió de nuevo a la estación. Tras reponer fuerzas en la cantina mediante un trozo de tortilla de patata y cebolla, recién hecha, y un vaso de vino, con su correspondiente café, al que acompañó, ¡oh locura arrebatadora y derrochadora!, con un chupito de *Anís del Mono*, localizó un banco, dispuesto a pasar la noche en vela, agarrado a su maleta, como un náufrago a una tabla. Allí sentado, vio desfilan por delante de él la más variada *fauna* que uno pueda imaginar. Gentes pertenecientes a las diversas razas y naciones de todo el orbe que vestían de bien diferentes formas y colores, ciudadanos del mundo, pedigüenos, rateros y vagabundos ocasionales que no viajaban, sino que andaban a la busca de un lugar donde guarecerse, bien del calor de los días o de las heladas de la noche. Todos ellos juntos en un mismo lugar, sin apenas dirigirse la palabra unos a otros, cada uno metido en su mundo y con el peso de sus circunstancias, desfilando con andar cansino, y que un observador cualquiera, sería incapaz de determinar si iban o venían. En asombrada observación andaba el pobre Mauricio, cuando el sueño y el cansancio le vencieron cerrando sus ojos y durante unas horas, aunque de forma intermitente, logró descansar un poco de su ajetreado día.

Alguien tocó suavemente uno de sus hombros. Se despertó sobresaltado. En el enorme reloj de la estación, se marcaban las ocho de la mañana. Delante de él, plantados como dos árboles, dos Policías Nacionales. El corazón le dio un vuelco. De pronto, en una décima de segundo, empezó a verlo todo meridianamente claro. ¡La policía! ¿Cómo podía haber imaginado que le iba a salir bien? Solo habían pasado unas horas y ya lo habían localizado. El corazón le empezó a latir con fuerza.

— Buenos días. ¿Puede mostrarnos su carnet de identidad, si es tan amable?— dijo uno de los policías, sin una sola inflexión de voz.

— Claro.— dijo Mauricio— tendiéndole la cartera al policía.

— No, solo su carnet— Mauricio lo extrajo de la cartera y se lo dio al policía. Este lo observó durante unos segundos.

— ¿La maleta es suya?— le preguntó uno de ellos.

— Sí— dijo Mauricio, con un hilo de voz a punto de derrumbarse.

— Coja la maleta. ¿Puede acompañarnos un momento, por favor?— dijo el otro policía.

— Sí, claro— dijo Mauricio, quien estaba al borde del colapso. Adiós a su pueblo marino. ¿Cómo podía tener tan mala suerte?, se preguntaba mientras acompañaba a aquellos dos policías hacia unas oficinas, bajo las miradas de los transeúntes que en aquellos momentos estaban allí.

Llegaron a las estancias policiales, y lo introdujeron en un cuarto. Uno de los policías se quedó con él mientras el otro salió del cuarto para volver al cabo de un rato con otro que ostentaba el grado de teniente. Este se dirigió a Mauricio.

— ¿Es usted Mauricio Hierro Gómez?

— Sí señor.

— ¿Quiere abrir la maleta?— Mauricio comenzó a abrir la maleta a la vez que unas lágrimas comenzaban a asomar por sus ojos y su mandíbula inferior presa de un temblor irrefrenable. Cuando la maleta estuvo completamente abierta, su contenido quedó a la vista. Mauricio se quedó de piedra. Los policías comenzaron a sacar su contenido poniéndolo sobre la mesa. Ropa interior, camisas y un par de libros era todo su contenido.

— ¿A dónde se dirige?— preguntó el teniente

— A mi pueblo. Me he jubilado y vuelvo a él— dijo, aliviado porque se veía salvado sin comprender como había ocurrido aquello.

Los policías comenzaron a colocar las cosas dentro de la maleta, cerrándola a continuación.

— Pero ¿qué pasa?— se atrevió a preguntar.

— Según parece, se ha producido un robo en el Instituto en el que usted trabajaba por lo que han ordenado su localización con el fin de aclarar algunos aspectos, como el contenido de su maleta. Ahora si no le importa, nos informará del lugar al que se dirige, pues necesitamos estar en contacto con usted hasta que se aclare todo— dijo el teniente.

— Ah. Pues...— comenzó a decir Mauricio

— Bien. No se preocupe. Puede seguir su viaje. En todo caso, por si fuera necesaria su localización, se pondría en contacto con usted la Guardia Civil de su pueblo. Que tenga un buen viaje, y perdone las molestias.— dijo el teniente, quien reparó en la cara de susto que llevaba el pobre Mauricio.

— ¿Podemos invitarle a un café?— dijo el policía, en un arranque de pena al ver al pobre hombre con semejante susto encima.

— Se lo agradezco, pero no es necesario. No ha sido nada— dijo Mauricio, ya dueño de sí.

Abandonó las dependencias policiales y se fue a sentar en el mismo banco en el que lo habían encontrado. Quería que todo el mundo viera que no lo habían detenido y que seguía libre. Una vez aposentado, su cabeza comenzó a darle vueltas a lo recién sucedido. En ese instante era plenamente consciente de la debilidad de su plan. Mil preguntas se agolpaban en su cabeza y se maravillaba de su estupidez. Era lógico que lo localizaran para interrogarle. Y el con el dinero en la maleta. ¿Se había vuelto loco? ¿La avaricia lo había vuelto estúpido? ¿Cómo se le podía ocurrir que robando un millón de pesetas uno se podía escapar de rositas? ¿Y cómo no había pensado estas cosas antes? Sin saber cómo, se había librado de una desgracia que a él hubiera terminado por matarle. En la cárcel no habría durado ni dos meses. ¿Pero qué había ocurrido con su maleta? ¿Quién la tenía ahora? ¿Cómo, cuándo, dónde? Preguntas y más preguntas.

Conforme se iba tranquilizando, fue recuperando la capacidad de razonar los sucesos recientes acaecidos en las últimas veinticuatro horas, permitiéndole visionar la secuencia de los hechos. Él no había perdido de vista su maleta en ningún instante. En el pueblo en que se detuvo el tren, cuando bajó al andén llevaba la maleta con él, sin soltarla en ningún momento, nada más que....

— ¡Si, allí tuvo que ser!— pensó, al recordar que en un momento dado, se sentó al lado de un señor que llevaba una maleta como la suya!, y que ambos se levantaron precipitadamente cuando el Revisor comunicó que el tren reanudaba el viaje.

— Allí se debió de producir el cambio. Pero, ¿fue intencionado o casual?—

Recordaba también que aquel hombre ni siquiera le contestó a su saludo. Le pareció que estaba absorto en la contemplación del tren. Sin embargo, no creía que aquel hombre, de haberse llevado la maleta lo hubiera hecho con intención. O lo disimulaba muy bien. En cualquier caso, a la vista de lo que llevaba en la maleta, no parecía que se tratara de un ladrón de maletas. Si hubiera aparecido vacía...

— Menuda sorpresa se llevará cuando abra la maleta— pensó.

Sin embargo, el susto recibido le había abierto los ojos. Casi agradeció a aquel desconocido que se la hubiera llevado queriendo o sin querer. Eso le había librado de la deshonra y de la cárcel. Ahora sentía una profunda vergüenza propia, a la vez que sentía una ligereza casi física. Imaginaba la desilusión de las personas que lo conocían, cuando se hubiera enterado de la clase de persona en la que se había convertido. El solo hecho de imaginarlo le producía dolor. Además, si se hubiera quedado con el dinero, el resto de sus días hubiera vivido con la zozobra de ver aparecer a la Guardia Civil en cualquier momento para llevárselo a la cárcel. En aquel momento decidió olvidar el asunto por completo. Todavía no daba crédito como había podido caer tan bajo. Ese sería un secreto que se llevaría a la tumba.

Aunque en el fondo, se sentía un poco defraudado.

Capítulo XV

Año 1996

Al día siguiente, Martín en vez de hacer su diaria visita a la estación, y a la hora acostumbrada, se dirigió hacia la plaza de la Iglesia, donde Felipe, el dueño del único taxi que había en el pueblo esperaba la llegada de clientes. Se subió y le dijo algo. El taxi, un viejo Seat 1500, se puso en marcha y se perdió camino de las montañas. Felipe conocía la historia de Martín, y le extraño la petición de llevarle hasta la entrada del Valle. Decidió sonsacarle un poco.

— Que, ¿hoy no vamos a la estación?— preguntó

— No. La persona que espero, no vendrá hoy...— dijo Martín, añadiendo en voz muy baja— ...ni nunca.

— ¡No irás de excursión a la sierra!— le preguntó medió en broma Felipe— Porque con la ropa que llevas, no pareces un excursionista.

— No, solo voy a ver a unos parientes que se alojan en el Hotel— dijo

— No sabía que tenías parientes.

— Sí. Un poco lejanos, pero son parientes— dijo Martín con ganas de zanjar tanta conversación.

— Entonces, ¿dónde te dejo?— insistió Felipe.

— En la entrada. Allí los esperaré.—

El resto del viaje, se hizo en silencio. Felipe, de vez en cuando, miraba por el espejo retrovisor. Martín iba con los ojos cerrados. Le pareció que unas lágrimas asomaban a sus ojos y en algún momento se pasó por la cara los puños de la camisa. Sintió pena por él.

— Y de Oscar, ¿sabes algo? ¿Qué le habrá ocurrido?— preguntó por romper aquel silencio que hacía daño a los sentidos.

— Nada. Pero seguro que subió a ese tren. Me alegro por él. — dijo con voz apenas perceptible.

— ¿Qué?

— Nada. No sé nada. Todo el mundo me pregunta por él. — dijo con cierto aire de enfado Martín.

Tras dos horas de viaje, llegaron a la entrada del valle. Una enorme explanada donde los vehículos debían de ser aparcados. Un restaurante y un hotel. Y delante, el Valle. Allí, junto a la parada de autobuses se bajó Martín una vez que le pagó el servicio a Felipe.

— Oye Martín, ¿Y cómo bajarás al pueblo?—

— No será necesario, Felipe. Gracias— Y se dirigió hacia el restaurante.

Felipe reemprendió el camino de regreso.

Aquella noche, Matías tuvo otro sobresalto. Faltaba otra vez un interno. Y esta vez era Martín. ¡Demonio con los dos abuelos!, se dijo.

Cuando la noticia corrió por el pueblo, Felipe se apresuró a ir al cuartel de la Guardia Civil para informarles sobre su viaje con Martín, hacia el valle y su conversación durante el viaje.

— ¿Y dijo alguna otra cosa que pueda aportar un poco de luz a todo esto?— le preguntó el Sargento.

— No. Hablamos todo lo que le he contado. Luego fue muy callado durante el resto del viaje, y yo juraría que en algunos momentos lloraba, pero no estoy seguro. Cuando llegamos, lo deje frente al restaurante, me pagó, y ya no lo vi más.

— Bueno, eso es todo. Si recuerdas algo más, me informas de inmediato.

— Así lo haré. Descuida.

Las pesquisas de la Guardia Civil se dirigieron hacia el restaurante del que había hablado Felipe, y allí no supieron dar ningún tipo de detalle, por lo que dedujeron que tal vez no había entrado en el mismo. Allí mismo se organizó una batida para tratar de localizar al anciano. Tres días más tarde, fue hallado muerto, apoyado sobre una roca. Ante él, una esplendorosa panorámica mostraba la magnificencia del valle en cuyo fondo discurría plácidamente un río, entre una panoplia de colores: verdes, rojos, ocre, blancos. Tenía sus manos recogidas sobre el pecho, sosteniendo una carta que al parecer había sido abierta y plegada infinidad de veces. La expresión de su rostro mostraba serenidad y sobre todo paz, como si él y la muerte se hubieran puesto de acuerdo para poner fin a una vida que había transcurrido entre rosas y espinas. Cómo había llegado hasta allí, fue un misterio.

En cuanto a Oscar, no se obtuvo pista alguna. Se dio por hecho que había subido al tren, transmitiéndose la orden a todos los acuartelamientos por donde se detenía el tren, para que se localizara a un pasajero provisto de una maleta antigua, forrada de tela a cuadros y con las esquinas protegidas con cantoneras de hierro de color marrón. En caso de ser localizado, deberían retenerlo y comunicarlo rápidamente al acuartelamiento. Pero nadie informó de su paradero. Parecía que se lo había tragado la tierra.

Las investigaciones de la policía no condujeron a ninguna conclusión. No se encontraron más huellas en la bolsa que las del director, y en el cuarto de calderas las de Mauricio por todos los sitios, una vez que pudieron ser cotejadas con las que le fueron tomadas por la

Guardia Civil en el pueblo marino donde vivía. No se obtuvieron más huellas. Las explicaciones que ofreció el director fueron de todo punto inaceptables para el Ministerio que lo puso de patitas en la calle.

Epílogo I

La Academia *Saber y Conocer* hacía casi un año que había abierto sus puertas y contaba con un gran número de alumnos. Daba clases durante todo el año, incluido el verano, en cuya época sus clientes eran los alumnos que no habían aprobado en Junio o aquellos que querían iniciar el nuevo curso con algunos conocimientos previos. La secretaria llamó por el teléfono interior al director de la academia.

— Una llamada por la dos. No ha querido decirme de que se trata. Tan solo quería hablar con usted, pues dice que tiene que comunicarle una cosa de su interés.

— Pásemela— dijo y pulsó el botón iluminado con el número dos.

— Dígame. ¿Con quién hablo?— dijo

— Usted no me conoce, pero yo a usted si.— le dijo una voz al otro lado del teléfono.

— ¿Cómo?—

— Escúcheme atentamente. Y no pierda tiempo ni se moleste en negarlo todo. Escuche y evalúe si lo que le voy a proponer es interesante para usted. Tengo en mi poder una libreta negra, con una serie de anotaciones que contienen una fecha, unos anagramas y un importe. La letra es inequívocamente la de usted. Si este cuaderno llegara a ciertas manos, usted lo tendría muy difícil para negarlo. No hace mucho tiempo, usted fue víctima de un robo. Un robo que perpetré yo como ya habrá adivinado. Lo curioso es que usted dijo a la policía y a la prensa que en la bolsa había una cantidad que no era verdad y que solo sabemos usted y yo. La diferencia, medio millón de pesetas, que casualmente es más o menos lo que suman

las anotaciones de la libreta. Tras analizar su contenido, he llegado a la conclusión de que usted retiraba esas cantidades del fondo del Instituto, ¿para qué?, pues para jugar en la bolsa, según he podido deducir por los acrónimos que usted empleaba y que coinciden exactamente con una serie de valores, que por cierto, en este momento están produciendo unos buenos dividendos. La cosa es bien simple, usted y yo vamos a ir a medias, es decir usted me va a entregar trescientas mil pesetas, de la forma que le diré. Si a usted le parece que estoy de broma o que no sé de qué hablo, me lo dice ahora y yo envié a la policía la libreta, a ver qué les parece. Ha quedado claro, ¿no? Y ahora, ¿qué me dice?— dijo aquella voz.

El director se había quedado blanco. En algún momento temió que esto pudiera pasar, y en efecto, para su desgracia estaba ocurriendo.

— ¿Y qué garantía tengo yo de que luego usted se quede con la libreta?— preguntó con voz apocada

— Ninguna. Solo tiene mi palabra de que no habrá engaño— le dijo

— De acuerdo. ¿Cómo lo haremos?— respondió

— Las trescientas mil pesetas las distribuiré en veinte sobres con quince mil pesetas en cada uno de ellos. Los enviara al Apartado de Correos 345 de la ciudad, en razón de cinco sobres cada día. Al día siguiente del último envío, recibirá usted la libreta. Y el primer envío lo realizará mañana. En el sobre tan solo figurará, Apartado Postal 345 y dentro solo debe poner el dinero. Cumpla al pie de la letra lo que le he dicho y no habrá problemas. ¿Ha tomado nota del apartado postal?— terminó el desconocido al otro lado de la línea.

— Sí. El 345. Pero...— un prolongado pitido le indicó que su interlocutor, había colgado.

Tomó de nuevo el teléfono informando a su secretaria que tenía que salir y que no estaría disponible hasta el día siguiente. Con la angustia de lo desconocido, salió de la Academia y se dirigió al bar en el que solía recogerse cuando necesitaba un lugar donde pensar. Una vez aposentado en su lugar favorito, junto a la ventana, pidió una copa de coñac a la camarera. Necesitaba algo fuerte, porque se había quedado helado a pesar del calor reinante. Quería pensar sobre lo ocurrido minutos antes en su despacho. La voz que hablaba al otro lado del hilo telefónico le era absolutamente desconocida. Evidentemente debía de tratarse del ladrón. Pero ¿quien era? Había interpretado correctamente los anagramas de la libreta, lo que tampoco era difícil, pues él fue muy descuidado al realizar aquellas notas, si bien nunca imaginó que pudiera darse una situación como la que estaba viviendo. Y por supuesto, lo último que deseaba es que aquella libreta fuera a manos de la policía. La culpa fue de los estúpidos de los periodistas que fueron los que airearon la cifra que el había comentado a la policía. Si eso no hubiera ocurrido, el inteligente ladrón, pues no dudaba que lo era, a lo mejor no hubiera reparado en la coincidencia de la cifra. Luego estaba la manera de realizar la entrega. Le intrigaba que tuviera que fraccionarla en veinte sobres y enviarlos en bloques de cinco a un apartado de correos. No acertaba a dar con el porqué de aquella manera. En cualquier caso, como el ladrón era inteligente, aquello tendría un sentido, aunque él no fuera capaz de dar con ello. Pidió una segunda copa de coñac. Mañana se personaría en el banco y sacaría las trescientas mil pesetas de golpe. Eso era más disimulado que sacar setenta y cinco mil durante cuatro días seguidos. La cifra. Parecía hasta razonable, claro está, dadas las circunstancias de debilidad que presentaba. Pero paradójicamente, aquel hombre que no parecía estar dispuesto a discutir ninguna de las

condiciones, le transmitía la sensación de que cumpliría su palabra y le devolvería la libreta. Sudaba copiosamente. Apartando la copa medio consumida, pidió al camarero que le trajera una cerveza bien fría.

Al día siguiente y sucesivo, envió los sobres a la dirección indicada. Y como dijo el hombre misterioso, al día siguiente del último envío, recibió la libreta de tapas negras. La revisó de arriba abajo y pudo constatar que no faltaba ninguna hoja. Tal y como y como había presentido, aquel ladrón había cumplido su palabra.

Sin embargo, con el paso de los días no lograba sentir la tranquilidad de ánimo que por lógica, debería proporcionarle el hecho de tener la libreta en su mano. Ahora, la venganza le secaba la boca y llenaba de bilis su interior. Un día se enteró que un familiar de uno de los profesores de su Academia, trabajaba en Correos y se le encendió la bombilla. Le pidió si sería posible, que de forma discreta, le informara del nombre de la persona o personas que estuvieran detrás del Apartado de Correos 345. Y a los pocos días obtuvo su respuesta. Se trataba del Apartado de Correos de una de las muchas secciones de la Cruz Roja. ¿Así es que había mandado trescientas mil pesetas a la Cruz Roja?, o ¿alguien de allí se las había quedado?

Decidido a resolver el misterio, se personó en los locales de la organización benéfica con el fin de averiguar si podía enterarse de algo. Pidió hablar con el responsable quien le recibió en un pequeño despacho, atestado de cajas de todo tipo, pañales, servilletas, botes de tomate, etc. Parecía más un almacén que una oficina.

— Perdone el desorden. Pero como puede ver, no tenemos sitio para poner cada cosa. Pero es mejor que

nos pase esto que tenerlo todo libre porque no haya nada para repartir. Usted me dirá en qué puedo servirle.— dijo

— Verá usted. Estaba pensando en hacer una modesta donación a esta Asamblea de la Cruz Roja y me preguntaba, primero si la donación particular es normal, y segundo como hacerlo. ¿Es habitual hacer donaciones en efectivo?— preguntó

— ¡Por supuesto! Sin ir más lejos, hace unos días un anónimo benefactor nos envió una carta anunciándonos que en días sucesivos recibiríamos una serie de sobres con donaciones de particulares. Al principio pensamos que alguna persona con malas intenciones se quería burlar de nosotros, que siempre estamos necesitados para ayudar a los más desfavorecidos. Pero la sorpresa fue que en efecto, tal y como había predicho el anónimo comunicante, comenzamos a recibir cinco sobres durante cuatro días. En total una importante cantidad que por discreción no le voy a decir. En total, veinte sobres. Pensamos que sería la contribución de algún grupo de benefactores que pretendían hacer caridad con motivo de alguna causa que les hubiera favorecido y quisieran de esta forma, manifestar su agradecimiento. No lo sabemos. Pero fue maravilloso. ¿Y decía usted que querría aportar alguna cantidad?—

— Sí, eso dije. Cuál sería la manera en la que podría hacerlo, hombre, sin tanta movida de sobres— dijo con una postiza sonrisa

— Claro, claro. Bueno, pues si usted se acerca a cualquier oficina bancaria y pregunta por las cuentas que tiene la Cruz Roja abiertas en la Entidad, podrá ingresar en ellas la cantidad que desee. Es sencillo. — dijo el encargado.

— Sí. Ya veo. Bueno, pues así lo haré— y levantándose, le tendió la mano al hombre y sin mediar más palabras, abandono la oficina dejando al pobre hombre boquiabierto.

La rabia interior le salía por los ojos, que echaban fuego.

— ¡Le ha dado mi dinero a la Cruz Roja! ¡Canalla!— musitaba a la vez que apretaba los puños y se alejaba, camino de su oficina.

Mientras se alejaba, un empleado de la Cruz Roja lo miraba desde la puerta abierta de par en par.

— ¡Oscar! ¿Puede venir por favor?— dijo alguien desde el interior.

— Sí. Ahora mismo— dijo. Y con una sonrisa se volvió y entró en el local.

Epílogo II

Mauricio llevaba una vida tranquila y apacible en su pueblo. Recordaba sus calles tal y como estaban ahora. Parecía que el tiempo no había pasado por ese minúsculo pueblo de pescadores. Cuando llegó y se dio a conocer en la panadería que estaba al lado de su casa cuando vivía allí, la abuela, la panadera de entonces, lo reconoció en el acto, fundiéndose en un abrazo que repetían cada poco. Sus nietas, que eran las que llevaban actualmente la panadería, le informaron sobre una pequeña casita que estaba para alquilar, cosa que hizo Mauricio. Los siguientes días fueron de reencuentros con muchos de los vecinos de entonces y que todavía vivían, que eran muchos, y poco a poco la vida de Mauricio se fue centrando, encontrándose totalmente feliz. Sus encuentros con los vecinos en la cantina, donde echaban al colete buenos tragos de vino y se jugaban las consumiciones a la brisca, eran muy gratificantes y llenaban plenamente su tiempo.

Su idea de comprar una barca murió en el mismo momento en que abrió su maleta ante la policía, y en ese acto se esfumaron muchas cosas, buenas y malas. No se arrepentía ni se lamentaba de nada. Cada día notaba que sentía un agradecimiento mayor por aquel desconocido que, sin saberlo, le había salvado la vida, no la física, que también, sino la vida con mayúsculas, la que se vive en compañía de los amigos, los conocidos, en esos momentos de felicidad echando unas partidas o unos tragos con los compañeros de partida en el bar o en casa o simplemente mirando al mar, con la vista perdida en el

horizonte y la brisa golpeándote en la cara, su aroma, sus sonidos, en fin, simplemente la Vida.

Un día, el cartero le trajo un paquete, que no traía remite. Lo abrió, y ante sus ojos, aparecieron cinco paquetes de billetes de mil pesetas, en total quinientas mil, junto con una carta. Asustado, y con manos temblorosas, abrió la carta y comenzó a leerla.

Estimado Sr. Mauricio.

No nos conocemos salvo por un fugaz y pasajero momento en una estación en la que los dos cruzamos nuestros destinos y seguimos por sendas diferentes. En algún momento, y sin saber bien cómo, intercambiamos nuestras maletas, con lo que nuestras vidas también cambiaron. ¡Quién nos lo iba a decir!, resulta que uno puede cambiar su destino cogiendo la maleta de otro viajero en un andén. Supongo que su sorpresa debió de ser igual que la mía, aunque por lo que he podido leer en la prensa, casi puedo decirle que me debe un favor. Sea como fuere, debo comunicarle que me he tomado la libertad de, en su nombre, castigar al Director de su Instituto, obligándole a donar trescientas mil pesetas a la Cruz Roja. Debo decirle que lo hizo sin rechistar y de mil primores. Y permítame que por estos servicios, le cobre la mitad del contenido de la maleta, por lo que le remito la otra mitad para que haga usted lo que quiera con ella. La maleta no se la envió, porque ya tiene usted la mía. Estamos en paz.

*Sin otro de particular, reciba un afectuoso saludo
Oscar.*

Una carcajada a pleno pulmón, se oyó en todo el pueblo.

— ¡Vaya, alguien está feliz! — dijo uno que tomaba la fresca.

José Manuel Surroca Laguardia

Nacido en Zaragoza en 1949. De profesión informático, además de aficionado a la Música y a la Literatura siempre sintió la pasión de escribir, iniciando el esbozo de varias novelas. Tras finalizar su vida laboral, ha podido ver cumplido su deseo de hacer lo que más le gusta: dedicar su tiempo a escribir.

Enamorado de la historia, especialmente de uno de los periodos más impresionantes a su juicio, la Edad Media, intenta recrear en sus novelas las formas de vida y las sensaciones que debían sentir aquellas personas cuyo día a día transcurría entre la ignorancia, la miseria, la enfermedad y su sometimiento absoluto a la voluntad de sus señores feudales, y especialmente, las relaciones entre las tres comunidades, cristiana, judía y musulmana que poblaban y convivían en nuestras villas y pueblos.

Sin embargo, también le gusta adentrarse en otro tipo de historias que siempre tienen como protagonistas a las personas y sus circunstancias que en ocasiones, suelen ser terribles. El humor, el drama y la sociedad, son temas que ha tratado en sus historias.

Hasta el momento ha escrito doce novelas: El Cristo del Granado, Espejismo, La extraordinaria vida de un perro que entendía a los hombres, La Estación, El Clown, El Diario del Ave Fénix, Barbastro 1320 “Los Pastorelli”,

Barbastro 1064 “La Cruzada”, El Documento 303, El caso del Ecce Homo, Rex Bellator y El Maquisard.

Actualmente vive en Barbastro (Huesca).